



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE BIBLIOTECOLOGÍA

LAS BIBLIOTECAS REALES COMO ANTECEDENTE HISTÓRICO DE LAS BIBLIOTECAS NACIONALES: FRANCIA, ESPAÑA Y EL REINO UNIDO

INFORME ACADÉMICO POR ELABORACIÓN
COMENTADA DE MATERIAL DIDÁCTICO
PARA APOYAR LA DOCENCIA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN BIBLIOTECOLOGÍA

PRESENTA:

KATIA GABRIELA VARGAS FUENTES

ASESOR
MTRO. CÉSAR AUGUSTO RAMÍREZ VELÁZQUEZ



CIUDAD DE MÉXICO, 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Mtro. César Augusto Ramírez Velázquez

Lic. Hugo Alberto Figueroa Alcántara

Gracias por ser parte importante de este proyecto.

Mi sincera gratitud a la UNAM, por permitirme formar parte de esta gran institución. A la Facultad de Química por todas las facilidades y el apoyo brindado para continuar mis estudios, para la realización de mi servicio social y para la elaboración de mi tesis.

Al personal bibliotecario del CUIB, del Instituto de Investigaciones Históricas y de la Biblioteca de la División de Estudios Profesionales de la Facultad de Química, por su valioso apoyo en la búsqueda y recuperación de las fuentes bibliográficas.

A mi hermano Rafael por realizar la mayor parte de la traducción de los textos en francés.

A Jaime Eluani, por ser tan insistente en su afán por verme titulada, por haberme financiado el Seminario de Titulación, y por planear ese primer viaje juntos a Europa, el cual fue determinante para que yo realizara este proyecto.

A mis compañeros de la Biblioteca de la División de Estudios Profesionales de la Facultad de Química, quienes ayudaron no pocas veces a aligerar mi trabajo para que pudiera dedicar más tiempo a mi investigación.

Dedicatorias

Con cariño y admiración a mi Familia

(Daniela, Alay, Rafael, Gustavo, Elena, Raquel y Jaime Eluani).

Y a todas aquellas personas que de manera directa o indirecta tuvieron que ver en la realización de esta tesis.

Toda biblioteca nacional histórica, dada su función conservadora, es “bibliotheca mundi”, por cuanto guarda una parte, muchas veces única, del patrimonio escrito de la humanidad. Pero la Biblioteca Nacional lo es también por el hecho de conservar parte de la memoria escrita de otras culturas que han influido en la configuración de la nuestra o que configuran ámbitos culturales comunes.

Manuel Carrión Gútiez

Índice

Introducción	7
1. Biblioteca Real de Francia: creación e importancia de la Bibliothèque Royal du France	10
2. Repercusiones de la Bibliothèque du Roi en Francia	25
3. La Biblioteca Real de España: creación e importancia de la Real Biblioteca Pública	31
4. Repercusiones de la Real Biblioteca Pública en España	40
5. La Biblioteca Real del Reino Unido: creación e importancia de la King's Library	46
6. Repercusiones de la King's Library en el Reino Unido	49
Conclusiones	53
Referencias	54

Introducción

La biblioteca nacional es una institución que surge en el siglo XVIII, como consecuencia directa de la necesidad de conservar y difundir el patrimonio cultural nacional y en conjunto el saber universal de cada uno de los países donde se establece.

La presente investigación está enfocada en el estudio de tres países: Francia, España y el Reino Unido. Las bibliotecas nacionales de cada uno de estos países tienen su origen en las bibliotecas privadas de las familias nobles y reales europeas; algunas de esas colecciones fueron legadas dentro de la misma dinastía, otras más, recibidas en donaciones por las familias nobles, comerciantes ricos y diplomáticos que aspiraban a obtener el favor del rey.

Cada familia en su tiempo se rodeó de intelectuales, ya fueran laicos o religiosos, para hacerse cargo de sus bibliotecas, algunos con el nombramiento de maestros de la biblioteca del rey, guardia de la biblioteca del rey y más tardíamente bibliotecario del rey, pero con una misión en común: la de organizar, incrementar y resguardar el legado cultural, del cual una parte muy importante llegó hasta nuestros días y aún es conservado por las bibliotecas nacionales.

En el caso de Francia la *Bibliothèque du Roi* es el antecedente histórico de lo que hoy es la Biblioteca Nacional de Francia. La *Bibliothèque du Roi* es la biblioteca más antigua de las tres aquí expuestas, iniciada con una pequeña colección desde tiempos de Carlo Magno (768-814).

Al principio de su historia, creada con fines bibliófilos y por orgullo monárquico, dispersa varias veces por descuido de los diferentes monarcas, hasta Carlos VIII (1483-1498) la continuidad de la biblioteca será asegurada. Francisco I instaura en 1537 lo que hoy conocemos como Depósito Legal. En 1792, con la destitución de Luis XVI y proclamada la República, la Biblioteca Real se convierte en propiedad de la nación y se designa como Biblioteca Nacional. Aunque con la ascensión Napoleónica se convierte en Imperial, en la Restauración vuelve a ser Real y con la consolidación de la República por fin se convierte en La Biblioteca Nacional de Francia.

A diferencia de La *Bibliothèque du Roi*, La Real Biblioteca Pública de España es una institución mucho más joven. Desde su origen fue concebida no para usos bibliófilos, sino

para favorecer el estudio de los intelectuales de la corte así como para guiar la educación de los príncipes.

La Real Biblioteca Pública tiene como antecedente histórico dos bibliotecas reales. La primera de ellas fundada en 1566 por Felipe II en San Lorenzo el Escorial; parte de esta colección es resguardada en la actualidad por la Biblioteca Nacional de España y otra parte continúa en la Biblioteca del Escorial. La segunda es la biblioteca conocida como la Reina Madre, instalada en la Torre Alta del Alcázar por el nieto de Felipe II, Felipe IV.

Después de atravesar por un conflicto monárquico conocido como Guerra de Sucesión, Felipe V funda una biblioteca pero a diferencia de sus antecesores la establece como pública sin perder su carácter Real, a comienzos del siglo *XVII*, a este acervo se integra la biblioteca de Felipe IV.

En 1836 la Real Biblioteca Pública deja de depender de la Corona Real y se convierte en Biblioteca Nacional administrada por el Ministerio de Gobierno Español.

España en la actualidad es una Monarquía Parlamentaria, donde el Estado gobierna pero la monarquía se encuentra aún presente. La Familia reinante en España continúa siendo la de los Borbones. Ellos mantienen una biblioteca llamada La Biblioteca Real, instalada en el Palacio Real de Madrid, donde los bibliotecarios son designados por la familia Real. Su función es la de un centro de investigación especializado, cuyo acceso debe ser justificado. Esta colección fue conformada por Felipe V, que aparte de fundar la Real Biblioteca Pública comienza una colección privada conocida como real, particular o de cámara privada de los Reyes de la Casa de los Borbón, la cual es separada en 1836 al convertirse la Real Biblioteca Pública en Biblioteca Nacional, enriquecida por los monarcas posteriores y conservada hoy en día en el Palacio Real de Madrid.

La última en decretarse como Nacional de las aquí expuestas (1973), la Biblioteca Nacional del Reino Unido es la suma de varias colecciones reunidas por grandes bibliófilos y a la que más tarde se le unirían dos bibliotecas conformadas por los monarcas británicos. La Old Royal Library y la King's Library, la primera de ellas fundada en 1470 durante el reinado de Eduardo IV y legada en 1757 por Jorge II al recién creado Museo Británico, institución de la que depende la British Library. La colección de más de 65,000 volúmenes reunida en el Palacio de Buckingham, por su sucesor Jorge III fue donada al Museo Británico en 1823 por Jorge IV, la cual forma una colección aparte dentro de la Biblioteca

Nacional del Reino Unido.

Sin duda uno de los más sobresalientes bibliotecarios de la British Library fue el italiano Antonio Panizzi, quien desde 1864, comenzó a perfilar la idea de la construcción de una biblioteca nacional. Indudablemente Panizzi tiene mucho que ver en que la bibliotecología fuera reconocida como una profesión, además de reconocérsele como uno de los principales teóricos de la catalogación:

Al defender éste, a fondo, el uso de catálogos de autores y títulos, más complicados de manejar que unas clasificaciones jerárquicas elaboradas con criterios de sencillez y simple comprensión; al mismo tiempo, la aparición de ésta al igual que otras profesiones ha de ser completada como un aspecto más en el surgimiento de la burguesía nacional liberal (o imperial) del siglo XIX, para la cual la biblioteca nacional fue una más de las enseñanzas de un nacionalismo cultural que hace de estos centros bandera y portaestandarte del pensamiento y cultura de cada país (Fuentes, 2003, p. 123).

Al igual que los Borbones en España, la realeza británica mantiene un pequeño acervo llamado The Royal Collection, conformado por 125,000 volúmenes de libros impresos y manuscritos ubicados en el castillo de Windsor, el cual no se encuentra abierto al público en general sin embargo se permite la consulta a algunos investigadores. El bibliotecario continúa con el nombramiento de Bibliotecario Real. Esta colección formó parte de la King`s Library antes de ser donada por Jorge IV, un reducido número de volúmenes son conservados bajo propiedad real.

Los documentos oficiales de los monarcas británicos a partir de Jorge III en adelante, se encuentran por separado en el Real Archivo, también ubicado en el castillo de Windsor.

1 Biblioteca Real de Francia: creación e importancia de la Bibliothèque Royal du France

Desde el tiempo de los primeros reyes de Francia, se contaban con pequeñas colecciones privadas que formaban la Biblioteca de la Corte, por ejemplo: Carlomagno, estimulado por sus viajes a Italia establece desde 780 una escuela y posee su propia biblioteca, muy importante, en el Palacio de Aix-la Chapelle donde emplea copistas e ilustradores. Paul Diacre habla de ella en 786: cuenta con ejemplares lujosos como el *Évangélique* copiado para Carlomagno en 781-783 por Godescalc, en letras de oro y de plata sobre pergamino púrpura; otros son escritos de volúmenes de una presentación más simple destinados al estudio.

Un manuscrito gramatical escrito hacia 790, conservado en Tübingen, contiene una lista de libros guardados probablemente en la biblioteca del palacio; entre los autores mencionados se encuentran Lucain, Stace, Térence, Juvénal Martial, y Tibulle (Bloch, D. 1989, p. 311).

Los fondos eran preferentemente cristianos, pero no faltaban escritores paganos, como Lucano, Estacio, Terencio, Juvenal, Tibulo, Horacio, Marcial, Cicerón, Suetonio...curiosamente se encontraban las obras apócrifas muy estimadas por ignorarse esta circunstancia, como la correspondencia de San Pablo con Séneca o la de Alejandro Magno con un rey de la India. En ella también se encontraban cantos bárbaros antiguos, celebrando los hechos y las guerras de los reyes, así como homilías en las nacientes lenguas francesas y alemanas (Escolar, 1990, p. 161).

Desafortunadamente sus colecciones no permanecieron juntas a su muerte, debido a que Carlomagno no deja sus libros a sus sucesores. Según el testimonio de su biógrafo Eginhard, él ordena en su testamento que sean vendidos para provecho de los pobres.

Después de Carlomagno hubo varias bibliotecas de príncipes y reyes en Versailles: Fontainebleau, Blois, y Chantilly, debido principalmente a que consideraban indispensable para proyectar su reputación en el mundo la posesión de una suntuosa biblioteca, desafortunadamente la mayoría de ellas fueron dispersas a la muerte de sus propietarios. Como se menciona en la obra de Fred Lerner (1999, p. 147):

Desde Carlomagno, los reyes de Francia habían mantenido bibliotecas personales. Inspirado por las bibliotecas sarracenas que conoció durante las Cruzadas en Tierra Santa, cuando regresó a Francia, Luis IX (1226-70) trató de emularlas. Tenía los escritos de los Padres de la Iglesia, copiados de colecciones monásticas, en la capilla de su palacio, donde los estudiosos podían consultarlos. Pero al morir, los libros fueron divididos entre sus monasterios preferidos.

Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, reconstituye las colecciones en 827; él da a la abadía de Saint-Médard de Soissons los bellos *Évangélies* decorados en la escuela de la corte de Carlomagno al inicio del siglo IX.

Carlos el Calvo, hijo del segundo matrimonio de Luis el Piadoso, protege a sabios como Ratramme de Corbie y Jean Scot, además confía su biblioteca en 874 a Hilduin abad de Saint-Bertin. A la muerte de Carlos el Calvo en 877, sus libros son repartidos entre su hijo Luís y las abadías de Notre-Dame de Compiègne y de Saint-Denis (Bloch, 1989, p. 311).

Las bibliotecas que hasta ese entonces únicamente eran accesibles para los sabios, durante el reinado de San Luís (1226 -1270) él ordena compartir sus libros con los franciscanos y los jacobinos de París.

Sin embargo el origen de la primera biblioteca real de Francia llamada Bibliothèque du Roi, fue bajo el reinado de Carlos V “el Sabio” rey de Francia de 1364 a 1380, hijo mayor del bibliófilo Juan II “el Bueno” y de Bona de Luxemburgo. Carlos V fue un hombre culto que se interesaba por el estudio de la Ciencia.

Él reunió una colección de 900 libros; considerando la época fue una cantidad notable debido a que cada libro era una obra artesanal y un artículo de lujo. Éstos libros serían la base de la primera biblioteca real francesa, establecida formalmente en 1367 por el rey e instalada en la torre noroeste del Louvre llamada la Fauconnerie en 1368. Como señala Denise Bloch (1989, p. 311):

Sin los desordenes causados por la guerra de los Cien Años, se podría sin duda hacer legítimamente remontar el nacimiento de la Bibliothèque du Roi al reino de Carlos V (1364-1380). Hijo del soberano bibliófilo Jean le Bon, él es el primer rey de Francia que creó una biblioteca compuesta y administrada de manera racional y concebida como un bien inalienable, transmisible a sus descendientes.

A diferencia de otros reyes, Carlos V consciente de la importancia de los libros y su utilidad, fue un protector de la literatura y de las artes. Él organizó una biblioteca de una riqueza efectiva por su belleza y que contó aproximadamente con 1,000 manuscritos.

Carlos V invirtió gran parte de sus ingresos en libros, además de que la biblioteca fue especialmente acondicionada. Como se señala en la obra de Fred Lerner (1999, p. 147):

Recién durante el reinado de Carlos V (1364-80) se fundó una verdadera biblioteca real con carácter de tesoro nacional en lugar de personal. Si bien se estableció para uso del rey, muchos de sus sucesores permitieron que la Bibliothèque du Roi fuera usada por estudiantes y otros la abrieron al público en general.

Carlos V nombró guardia de la biblioteca a su hombre de confianza Gilles Malet, quien estuvo a cargo de 1369 a 1411. En 1373 Mallet realizó un inventario en el que registró 917 volúmenes, el original se encuentra perdido, pero es conocido por dos copias realizadas a la muerte de Carlos V en 1380 por Jean Blanchet.

La biblioteca no se dispersa a la muerte de Carlos V, ya que es heredada a Carlos VI, siendo la primera vez que una librería real no era dividida. Una de las copias del inventario realizadas por Jean Blanchet transcrita sobre un rollo de pergamino, le es entregada junto con la llave de la biblioteca a Carlos VI.

Gilles Mallet continúa en sus funciones, quien es sumamente flexible con el préstamo de libros a los tíos del rey Luis Duque de Anjou y Jean Duque de Berry. Esto originó que en 1411, a la muerte de Gilles Mallet, hicieran falta 180 volúmenes que fueron compensados en cierto modo por la adquisición de 195 manuscritos, ofrecidos a Carlos VI por Christine de Pisan.

Debido a que continúa el conflicto con Inglaterra conocido como la Guerra de los Cien Años, son incautados los manuscritos de la Torre del Louvre en 1424 por el Duque de Bedford (Juan de Lancaster), quien ordenó a Garnier de Saint Yon realizar un inventario, haciendo falta un total de 483 manuscritos. En 1429 la biblioteca es trasladada a Inglaterra, donde es dispersada a la muerte del Duque de Bedford en 1435. Algunos manuscritos regresarían más tarde a Francia gracias a que fueron adquiridos por los príncipes de la Casa de Orleans durante su cautiverio en Inglaterra.

A la muerte de Carlos VI sube al trono Carlos VII rey de Francia de 1422 a 1461. Él

no carecía de inteligencia ni de cultura, pero su interés se concentró principalmente en acabar la guerra y restaurar el reino. Debido a esta situación, él no asegura la permanencia de las colecciones como señala Denise Blonch (1989, p. 312):

Absorto por sus tareas de retorno a la paz y de mantener el orden, Carlos VII no tiene mucho tiempo para consagrarse a su biblioteca. En efecto él posee algunos manuscritos, Jean le Bégue, secretario de la Cámara de los condes, le dedica su traducción de la *Première Guerre punique* de Leonardo Bruni, ilustrada sin duda hacia 1450 por el maestro de Bedford. Antoine Astesan le dedica en 1458 una historia abreviada de Milán y él vuelve a comprar a Jean de Berry el breviario de Carlos V ilustrado por Jean le Noir, pero él no se preocupa de asegurar la permanencia de su colección.

No sería hasta el reinado de su hijo Luis XI, rey de Francia de 1461 a 1483, que se volvería a conformar otra colección y la continuidad de la biblioteca sería asegurada. La unidad de la colección, heredada a su hijo Carlos VIII, no será jamás rota. Sin duda es a ese soberano que simbólicamente se le puede atribuir la paternidad de la Biblioteca Nacional de Francia (Blasell y Mellet, 1990, p. 15).

Luis XI, poseedor de una inteligencia sorprendente, es apasionado de la cultura Italiana, en su colección personal posee un *Decamerón* de Boccaccio, transcrito en Florencia, alrededor de 1370. Confía el cuidado de su biblioteca a Laurent Paulmier y después a Jean Prévost. También favoreció a copistas y a ilustradores y nombró un guardia para supervisarlos. Como señalan Blasell y Mellet (1990, pp. 15, 20), hasta la invención de la imprenta:

El libro medieval es un libro copiado a mano sobre pergamino, justo hasta el siglo XIV, eso lo hace raro y precioso. Su fabricación representaba demasiadas horas de trabajo. Su decoración era confiada a artistas. Se encuentran entre otras obras preciosas algunas ediciones ilustradas de autores antiguos (Strabon, Sènèque, Sallustre, Thucydide). El rey protege al pintor Jean Fouquet quien ilustra el manuscrito de *Statuts* de la orden de Saint Michel. Libros religiosos, libros profanos, autores clásicos y tratados de astrología habitan en la librería de Carlos VIII. Incluso después del desarrollo de la imprenta la librería del rey

continúa la colecta, y no únicamente por tradición o por bibliofilia, de los manuscritos antiguos.

En 1470 aproximadamente la imprenta hace su aparición en Francia y los primeros talleres son impulsados por Luis XI. El primer libro francés impreso en París en 1476 fue las *Grandes chroniques de France*, la imprenta en un principio solamente sirvió para copiar e imitar el manuscrito, debido a esto inicialmente los libros impresos fueron ingresando en pequeña cantidad a la biblioteca, un inventario de 1645 registra alrededor de 1329 libros impresos (Blasell y Mellet, 1990, p. 20).

La segunda esposa de Luis XI, Carlota de Saboya posee una pequeña colección de manuscritos. Después de la muerte del rey, Carlota hace guardar para su hijo Carlos VIII una pequeña parte de los manuscritos de Luis XI; de esta manera es frenada la lamentable dispersión de las colecciones reales.

Carlos VIII rey de Francia (1483-1498) heredó el trono a la muerte de su padre, a la edad de trece años, su reinado fue muy breve debido a que hasta su mayoría de edad (1492), el reino estuvo bajo la representación de su hermana Ana de Beaujeu y de su cuñado el regente Pedro II de Borbón.

Sin embargo, él enriquece considerablemente sus colecciones e ingresan a la biblioteca numerosos manuscritos; algunos le fueron obsequiados durante su infancia. Él recibe de su hermana Ana de Beaujeu una *Bella Vie* de Saint Louis y Luis de Brujas le ofrece una copia del *Livre des Tournouis* de René de Anjou, y otros más que fueron botín de guerra durante la invasión a Italia. En 1495, él se había apoderado en Nápoles de 1140 volúmenes manuscritos e impresos, latinos, italianos, franceses, griegos y españoles que pertenecían a la magnífica biblioteca de los reyes aragoneses de Nápoles, fundada por Alfonso el Magnánimo rey de Aragón (1416-1458) y de Nápoles (1442-1458) y protector de las letras (Bloch, 1989, p. 314).

La guerra que se llevó a cabo allí no significó una victoria política, sino más bien cultural, ya que el rey descubrió la innovación artística y literaria de ese país llevada a cabo por los bizantinos y los árabes. El regreso de Carlos VIII a Francia, representa la entrada del Renacimiento italiano en ese país (Balayé, 1988a, p. 77).

Al igual que Luis XI, Carlos VIII también impulsó la imprenta. Los impresos reales de esa época son casi todos ejemplares de lujo impresos sobre belin (piel de vaca o de borrego) más fina que el pergamino ordinario y enriquecidos con pinturas. Algunos de ellos fueron ofrecidos por el impresor francés Antoine Vérard para Carlos VIII, como: las *Grandes Chroniques de France* (1493) y *l'Ordinaire des crestiens* (1494).

Al morir Carlos VIII prematuramente y no dejar herederos al trono, la corona de Francia pasa a la rama menor de la casa de los Valois. El duque de Orleans, hijo del poeta Carlos de Orleans se convierte en rey bajo el nombre de Louis XII rey de Francia (1498-1515) por lo que la biblioteca de Carlos VIII, instalada en su residencia favorita, el castillo de Amboise, será transportada al castillo de Blois. Luis XII, al disponer de más medios que sus antecesores, encarga notables manuscritos, particularmente textos de la Antigüedad, y confía la vigilancia de su biblioteca a oficiales de su corte, ya sea que fueran clérigos o laicos (Balayé, 1988a, p. 77).

Luis XII adquirió también los manuscritos reunidos por Luis de Brujas, señor de Gruthuyse, que desempeñó un papel importante al servicio del duque de Borgoña, de Felipe el Bueno y de Carlos el Temerario. Luis de Brujas poseía manuscritos más antiguos adquiridos en sus viajes por el extranjero. La adquisición de esta colección permitió a Luis XII por una parte enriquecer la Bibliothèque du Roi y por otra parte duplicar el número de los manuscritos franceses.

Luis XII era una persona muy culta, por lo que se rodea de artistas y de poetas. Él hace ejecutar manuscritos ricamente ilustrados, que reflejan su gusto por la historia y por las letras. También encarga una serie de traducciones a Octavien de Sant-Gelais, como las *Héroïdes* de Ovidio, y la *Éneïde* de Virgilio (Bloch, 1989, p. 320).

En 1504, Luis XII confía la biblioteca a su capellán, Francisco de Refuge. En 1509 Guillermo de Sauzay toma el título de bibliotecario del rey.

Por su misma formación la biblioteca instalada en el castillo de Blois, presenta una estructura muy particular, pues como se mencionó anteriormente, la mitad de los manuscritos franceses provinieron de la colección de Luis de Brujas y la mayoría de libros en latín, griego y español de las bibliotecas de Nápoles y Milán. Luis XII mantiene la guerra con Italia, donde se adjudica una parte de la biblioteca de los Visconti y de los Sforza, una de las más bellas de la época. También se apodera en particular de numerosas

obras provenientes de la biblioteca de Petrarca (Balayé, 1988a, p. 77).

A la muerte de Luis XII, el 1 de enero de 1515, el cardenal Luis de Aragón visita Francia, acompañado de su secretario Antonio de Beatis, quien redacta la relación del viaje. Un fragmento es dedicado a la biblioteca, donde narra: “En dicho castillo, nosotros vimos una gran biblioteca, provista no sólo de pupitres, totalmente llena de libros escritos a mano en letras muy bellas sobre pergamino y cubiertos de seda de colores diversos”.

En 1518, el dominico Guillaume Petit, capellán y confesor del rey, apreciado por Guillaume Budé por sus cualidades bibliófilas, redacta el inventario de todos los libros en orden alfabético, enumerando las diferentes partes de los textos, desde indicaciones, sumarios y la presencia de ilustraciones. La colección se encuentra conformada de volúmenes en francés, latín, griego, hebreo, árabe, italiano y español. El original de este inventario se encuentra perdido, pero subsiste una copia antigua proveniente de la colección del príncipe Eugène de Saboya la cual se encuentra en la Biblioteca Nacional de Viena (Bloch, 1989, p. 323).

Por lo mencionado anteriormente es que “la biblioteca instalada por Luis XII en su castillo de Blois, se hizo una institución reconocida por todos, distinta de la colección privada de los soberanos y transmitida toda naturalmente a su sucesor, accesible a los sabios y a los visitantes del reino” (Bloch, 1989, p. 328).

Después de que durante la Edad Media y las guerras civiles las colecciones reales tuvieran un carácter efímero, en el siglo XVI la biblioteca será instaurada poco a poco, especialmente por su sucesor Francisco I, rey de Francia de 1515 a 1547, conocido como el Padre y Restaurador de las Letras debido a que durante su reinado permitió un desarrollo importante de las artes y las letras en Francia, se rodeó además de notables eruditos helenistas y protegió a los humanistas. Como menciona Auguste Bailly (1966, p. 195):

Hijo de ese mismo siglo y por naturaleza dotado de una viva curiosidad intelectual y de un gusto poético y artístico que habían desarrollado su educación y su medio, Francisco I fue uno de los hombres de su tiempo que se abrieron lo más ampliamente a todas esas corrientes intelectuales y el único soberano desde Carlomagno que se interesó ardientemente y eficazmente por los problemas de la cultura.

Francisco I heredó uno de los reinos más ricos de Europa, su reinado marcó la

transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Él toma una decisión fundamental: la creación de una nueva biblioteca real que sería instalada en el más bello de sus palacios, Fontainebleau. Nombra maestro de la biblioteca al griego Guillaume Budé en 1537.

El 12 de junio de 1544 la biblioteca, que durante el reinado de Luis XII había permanecido en Blois, será transportada a Fontainebleau: “Se puede decir que es éste el momento en que inicia la institucionalización de la Bibliothèque du Roi, que había permanecido desde hace mucho tiempo como un bien particular” (Balayè, 1988a, p. 80).

Para enriquecer las colecciones, el rey envía al sabio Jèrome Fondule a Italia y encarga a sus embajadores en Venecia y Roma, para que le procuren buenas copias de los manuscritos griegos. Para 1552 existían 550 manuscritos griegos en Fontainebleau (Balayè, 1988a, p. 78-79).

Sin embargo también fueron tiempos difíciles, debido a la censura que existía por parte de la Iglesia Católica: “El parlamento de París ordenó la quema de las obras de Calvino, muchos impresores franceses tuvieron que desterrarse a Ginebra por motivos religiosos y hubo algunos que pagaron con su vida la desobediencia a las autoridades” (Escolar, 1990, p. 157).

Francisco I promulgó el 28 de diciembre de 1537 la “Ordenanza de Montpellier”. Este decreto real prohibía la venta de todo libro del cual no se hubiera depositado una copia en la biblioteca del castillo de Blois, siendo éste el origen del Depósito Legal. Como señalan Blasett y Mellet (1990, p. 22):

El Depósito Legal es una fuente fundamental de incremento de colecciones de una biblioteca nacional. Su principio es anunciado por primera vez por la Ordenanza de Montpellier el 28 de diciembre de 1537. Ésta ordena a los editores depositar en la librería del castillo de Blois todo libro impreso puesto en venta en el reino.

Esta instrucción, revolucionaria en su inicio no fue inmediatamente aplicada, y casi toda la producción impresa en ese lugar escapará durante más de un siglo hasta la época de Colbert. a título de ejemplo la Biblioteca Nacional de Francia posee hoy en día menos de la mitad (a pesar de las adquisiciones posteriores) de la producción de los Cavellat, libreros e impresos parisinos de la segunda mitad del siglo XVI.

Enrique II, hijo y sucesor de Francisco I, se preocupó por mantener la biblioteca y agregar cierto número de libros a las colecciones. De los tres hijos de Enrique II, el más

brillante fue Carlos IX, rey de Francia de 1560 a 1574, hombre de un espíritu más brillante que sus hermanos y cuyo reinado fue el más largo. En 1560, transfiere la biblioteca de Fontainebleau a París, pero ésta no será instalada en el castillo del Louvre:

En la segunda mitad del siglo XVI, la biblioteca se separa de los palacios reales sin por lo tanto encontrar un abrigo definido y conforme a su misión. Volviendo a la capital, instalada primero en un lugar que los historiadores no han podido identificar es saqueada en el transcurso de las guerras de religión. Es alojada posteriormente en el colegio de Clermont (1594-1603) al emplazamiento del actual liceo Luis el Grande y después al convento Cordeliers (1603-1666), calle de la Escuela de Medicina (Blasett y Mellet, 1990, p. 25).

Enrique IV rey de Francia de 1589-1610, quien restituyó la estabilidad del reino, después de las guerras de Religión en el siglo XVI fue el primer rey Borbón. Aunque fue bautizado como católico, Enrique fue educado por su madre bajo la doctrina calvinista. Fue líder del movimiento protestante francés y durante la década de 1560 protagonizó una serie de guerras civiles contra los católicos.

En 1572, se produjo la matanza de miles de hugonotes en la Noche de San Bartolomé. Enrique salvó su vida convirtiéndose al catolicismo, pero fue prisionero en su propia corte hasta 1576. Después de escapar rechazó su conversión y asumió el liderazgo de los hugonotes, sin embargo, con el respaldo de España y del Papa, la Liga se negó a reconocer a un protestante como rey de Francia. Enrique logró vencer a los católicos en Arques e Ivry, provocando divisiones entre los miembros de la Liga y en 1593 desarmó a sus adversarios al anunciar su reconversión al catolicismo.

Durante el tiempo que el ejercitó de la Liga dominaba París, donde fuera que estuviera establecida la biblioteca fue ocupada durante seis meses por los miembros ésta y el antiguo guardia Juan Gosselin tuvo que refugiarse con Enrique IV.

El duque de Mayenne, jefe de los miembros de la Liga, designa ilegalmente a un maestro de la biblioteca, nombramiento que pasó inadvertido por mucho tiempo. Gosselin, el antiguo guardián de la biblioteca nombrado por Enrique IV, acusó de robo a algunos miembros de la Liga. Esto se considera probable, aunque sea imposible medir la amplitud de las pérdidas (Balayè, 1988a, p. 80).

En 1593, Enrique IV nombra maestro de la biblioteca a su amigo Jacques-Auguste de

Thou, personaje relevante y coleccionista ilustre. De Thou nombra Guardia de la biblioteca al protestante Isaac Casaubon, un helenista reconocido, aunque no desarrolló ningún papel fundamental dentro de la biblioteca.

Tal vez la aportación más sobresaliente del reinado de Enrique IV a la biblioteca fue la compra de la biblioteca de Catalina de Médicis. Lo cierto es que a lo largo del tiempo, la Bibliothèque du Roi, se había convertido en un instrumento de trabajo esencial para los sabios y lo sería posteriormente para otros.

A finales de 1594, Enrique IV hace transportar la biblioteca al Colegio de Clermon, de donde los jesuitas habían sido expulsados. En 1610, a la muerte de Enrique IV, Isaac Casaubon, asustado por ciertas reacciones anti calvinistas, se refugia en Inglaterra, conservando su cargo hasta su muerte en 1614. Nicolás Rigault lo sustituyó en el puesto.

El período que se extiende del 1610 al 1660 es uno de los más pobres de la historia de la Bibliothèque du Roi. Hijo y sucesor al trono de Enrique IV, Luís XIII se interesó poco por los libros, contrariamente a su hermano Gastón, duque de Orleans, gran coleccionista de arte. A pesar de esta situación la imprenta real, creada en 1640 para el prestigio del rey, comenzó a publicar libros. La Academia Francesa también fue creada, pero la biblioteca del rey se mantuvo igual y el depósito de libros sufrió algunos daños. En aquella época los libros impresos se habían convertido en un instrumento indispensable para el estudio, pero ante la falta de medios y sin el resguardo de Thou y de Rigault, le fue difícil al nuevo guardia Pierre Dupuy realizar avances en ella, por lo que la biblioteca se estancó en comparación a otras bibliotecas.

El incremento de las colecciones y el desarrollo de las bibliotecas francesas hace necesaria su organización, es así, como surge el primer tratado francés sobre bibliotecología, que proponía una administración y distribución racional de los libros, escrito por Gabriel Naudé: *Advis pour dresser une bibliothèque* (1627). Por primera vez en la historia de las bibliotecas francesas se intenta dar una nueva organización a los libros en base a criterios establecidos como: catálogos por materia, por autor y cronológicos.

El incremento de las colecciones y la obligación de comunicarlas exigen un buen orden de las colecciones. En materia de biblioteconomía, la obra de referencia es por lo tanto el *advis pour dresser una bibliothèque*, escrito en 1627 por Gabriel Naudé, al cual Mazarine confió para la continuación de la gestión de sus propias colecciones. Niccolas Clement, ingresó a la biblioteca del

rey en 1670 (ahí permanecerá hasta 1712), elabora una clasificación de libros impresos de los cuales los grandes principios son utilizados aún en nuestros días. Las obras son repartidas en 23 clases, representadas cada una por una letra del alfabeto: las cuatro primeras para la religión, dos para el derecho y la jurisprudencia, diez para la historia, cuatro para la filosofía, las ciencias y las artes y tres para las bellas letras. En cuanto a los manuscritos ellos están clasificados por lengua y por tema (Blasett y Mellet, 1990, p. 26).

En 1644 Louys Jacobs realizó una nueva edición corregida y aumentada de la obra de Naudé, ésta obra fue traducida al latín y al inglés. Hipólito Escolar (1990, pp. 323-329) explica ampliamente el contenido y las recomendaciones de estos primeros tratados de bibliotecología.

Todavía en el siglo XVII formalmente el oficio de bibliotecario no existía por lo que continúan los nombramientos de maestro y guardia de la Biblioteca, que fungían como bibliotecarios. Ellos se encargaban de la guardia, el buen orden y del incremento de las colecciones.

Para llegar a ser bibliotecario de una gran biblioteca como la del rey era necesario el conocimiento de las lenguas antiguas y modernas, el de los libros, las ediciones, de todo lo relacionado a la historia de las letras, al comercio de la librería y al arte de la tipografía. En la lista encontramos hombres de letras, historiadores, lingüistas, abades y monjes, casi todos pertenecientes a familias burguesas, relacionados principalmente con Thou y Bignon. Todos ellos fueron escogidos debido a su gusto por los libros, su erudición y sus aptitudes en materia de clasificación y catalogación (Caillet, 1988, p. 373).

Maîtres y Gardes

Maîtres de la Librarie du Roi

1527-1540 Guillaume Bude

1540-1552 Pierre du Chastel

1552-1567 Pierre du Montdore

1567-1593 Jacques Amyot

1593-1617 Jacques Auguste de Thou

1617-1642 François de Thou

1642-1656 Jerome Bignon

1656-1676 Jerome II Bignon

Gardes de la Librairie du Roi

1560-1604 Jean Gosselin

1604-1614 Issac Casaubon

1614-1635 Nicolas Rigault

1635-1651 Pierre Dupuy

1651-1656 Jacques Dupuy

1656-1676 Nicolas Colbert

(Balayè, 1988, p. 82).

Estos bibliotecarios parecen haber tenido como punto en común una cultura clásica extensa. Ellos tenían una formación profesional en general sólida, aunque adquirida un poco al azar por la lectura de algunos tratados, principalmente, por el famoso Advis de Naudé. En 1680 la Bibliothèque du Roi, fue clasificada de la siguiente manera por Niccolas Clement:

A Escritura santa

B Liturgia

C Padres de la Iglesia

D Concilio y derecho canónico

E Derecho civil

G Geografía y cronología

H Historia eclesiástica

I Historia griega y romana

K Historia de Italia

L Historia de Alemania y de Bélgica

M Historia de Francia

N Historia de Inglaterra

O Historia de España, de África, de Asia y de América

P Otros aspectos históricos

Q Bibliotecarios

R Filosofía y política

S Historia natural

T Medicina
V Matemáticas
X Gramática y oratoria
Y Poesía
Z Filología (Caillet, 1989, p. 383).

Después de que la biblioteca permaneciera relegada durante el reinado de Luis XIII, Colbert, bibliófilo y protegido por Mazarin, será el encargado de ponerla de nuevo en marcha. Él suministró a la biblioteca de colecciones célebres y muy bellos libros, como los pertenecientes a François de Thou.

Colbert realizó también, a través de Francia, campañas constantes de copias de actas religiosas y nobiliarias. El proyecto era demasiado ambicioso para los medios antiguos, sin embargo, sus resultados fueron satisfactorios en algunas zonas de Francia. Esta búsqueda tenía la finalidad de ennoblecer la serie de títulos y de genealogía, lo que otorgaba a la biblioteca una función política: reconocer los privilegios para evitar los abusos.

Sin embargo el depósito legal continuaba teniendo fallas; mientras que la producción literaria francesa aumentaba, únicamente ingresó por medio del depósito legal el 45 % del total de la producción impresa. A la muerte de Colbert, en 1683, el reino tenía dificultades; los gastos excesivos, las guerras, y la depresión terminaron por reducir el ritmo de desarrollo de la Biblioteca del Rey (Balayè, 1988, p. 210).

En 1660, Luis XIV, rey de Francia de 1643 a 1715 y sucesor de Luis XIII, hereda las colecciones de su tío Gastón de Orleans conformada por libros, manuscritos, dos mil cartas, y hasta 1666 toma posesión de la colección de medallas. Estas últimas dieron origen al gabinete de medallas. Posteriormente se conformaría la colección de vitelas del rey, la cual fue incrementada por los monarcas siguientes hasta alcanzar la cifra de 6,000.

Camille Le Tellier, abad de Louvois, fue nombrado maestro y guardia de la Bibliothèque du Roi de 1691 a 1718. En 1692, decide facilitar el acceso a la biblioteca a un público más amplio, facilitando una sala para los sabios. A la muerte del abad de Louvois, lo reemplazaría el abad Jean Paul Bignon de 1719 a 1741. Él continuó con el enriquecimiento de los fondos, promovió el depósito legal, aumentó el número de personal y estructuró la colección, dividiéndola en cinco secciones (gabinetes): Impresos, Manuscritos, Títulos y Genealogías, Tablas grabadas y Estampas, Monedas y Piedras

grabadas. Él buscó a cinco guardias sabios, uno para cada departamento.

En 1720 se anuncia la reapertura de la biblioteca al público una vez por semana de 11:00 a 13:00 hrs , aunque esta disposición no se cumplirá del todo, ya que los visitantes serán recibidos de acuerdo a su rango y a la disponibilidad de los guardias del rey, Sería hasta 1735 que se cumpliría cabalmente con dicha disposición. El privilegio más codiciado era el préstamo de libros y manuscritos, el cual fue únicamente accesible con autorización Real. Entre los intelectuales que consultaron las colecciones de la biblioteca se encuentran Voltaire y Rousseau, como se confirma en registros conservados de aquella época.

En 1721, el abad Bignon obtiene permiso para transferir la colección al antiguo Palacio de Mazarine, donde organiza la colección y se encarga de redactar y publicar los catálogos de la biblioteca, en la imprenta Real. En 1739 es presentado por los bibliotecarios el primer volumen al Rey, el último catálogo fue publicado en 1753.

En 1741, el abad Bignon se retira, dejando como sucesor a su hijo Jérômê Frédéric Bignon, quien junto a Hugues Joly (guardia de estampas) y el abad Barthélemy (guardia de medallas), adquieren importantes colecciones entre las que destacan la colección de impresos de Pierre Huet (erudito francés) , de Falconet (escultor francés), la colección de antigüedades del Conde de Caylus (arqueólogo y grabador francés), autor de más de 3.000 grabados y numerosas reproducciones de dibujos de Leonardo da Vinci, Van Dyck y Rubens y en 1776 adquiere gracias a un crédito Real, la colección de 33.500 monedas de Joseph Pellerin (numismático francés), una de las más valiosas de Europa, que vende a Luis XVI por 300.000 libras. Esta magnífica colección en la actualidad forma parte de la colección de la Biblioteca Nacional de Francia (Blasell y Melet, 1990, p. 27-33).

Joseph Van Praet, ingresa a la biblioteca en 1784 y permanecerá ahí hasta su muerte en 1837. Se encarga de la adquisición de impresos, enriquece notablemente las colecciones al adquirir aproximadamente 11,500 impresos y alrededor de 400 incunables. Entre las adquisiciones realizadas por Joseph destacan 2 Biblias de Gutenberg, que aún se conservan en la Nacional.

La edad de oro de la biblioteca llega a su fin con la muerte de Jérôme Bignon. Surgen nuevos conflictos a causa del nombramiento, en 1784 de Lorsque Pierre (El Negro) como encargado de la biblioteca, quien es mal recibido por los guardias. En 1785 pone en marcha una nueva reglamentación en la que disponía el depósito obligatorio de los impresos no

sólo a los librereros, impresores sino también a las diócesis, las casas eclesiásticas, las academias de París y las provincias.

Las diferencias con el personal se fueron agravando hasta el punto en que Luis XVI, en 1789 lo envía a Versailles y protege su salida para Suiza. Durante el reinado de Luis XVI se produjo una crisis en las finanzas reales debido al crecimiento de la deuda pública; fue cuando comenzó a gestarse la actividad revolucionaria que cambiaría drásticamente la modalidad de gobierno y que por lo tanto también tendría consecuencias en la naturaleza de la biblioteca del rey.

2 Repercusiones de la Bibliothèque du Roi en Francia

Sin duda, la derivación más importante de la Bibliothèque du Roi es lo que hoy conocemos como la Biblioteca Nacional de Francia. Como se mencionó anteriormente, su institucionalización comienza en el siglo XVI con la Ordenanza de Montpellier. Sin embargo el desarrollo más importante se daría durante la Revolución Francesa, al incrementar notablemente sus colecciones debido a las incautaciones realizadas durante ese periodo.

En 1789, al iniciar la Revolución Francesa, la Bibliothèque du Roi es una de las más importantes de Europa y será a partir de ésta que la biblioteca se volverá más útil. El 23 de diciembre de ese mismo año Lefèvre d'Ormesson es nombrado bibliotecario del Rey. Una de las pretensiones de la Revolución Francesa fue la de suprimir todos los privilegios intelectuales y sociales del antiguo régimen.

El año 1789 no solamente representa una ruptura importante en la historia política y social de Francia, sino también en la historia de sus bibliotecas, la cuales sufren una brusca reorientación. Fenómeno único en Europa, sus colecciones son dispersadas en varios centenares de bibliotecas públicas situadas sobre el conjunto del territorio nacional, tanto en las ciudades más importantes como en las más modestas. Esta situación es la consecuencia directa de las confiscaciones revolucionarias. Por lo tanto es importante comprender la lógica, el desenvolvimiento y los efectos. La primera de estas expoliaciones remonta al decreto de 2-4 noviembre de 1789, por el cual los bienes del clero fueron “puestos a disposición de la Nación”... Un decreto del 9 de noviembre de 1791 preveía la pena de muerte y el depósito de los bienes de los emigrados que no regresaron a Francia antes del 1º. de enero de 1792. El veto de Luis XVI ante esta medida no era más que una frágil muralla. La idea de un dominio sobre los bienes de estas “hordas de traidores” realizaba su propósito. El 9 de febrero de 1792 la asamblea decretó que sus bienes eran “puestos bajo las ordenes de la Nación” (Varry, 1991, p. 9).

Una ordenanza emitida en 1789, pone a disposición de la nación los bienes del clero, entre los que se encontraban 10 millones de libros aproximadamente. Asimismo, se les obliga a entregar sus catálogos e inventarios.

En 1790, la biblioteca sufre desgracias provocadas por los acontecimientos revolucionarios, perdiéndose un gran numero de volúmenes, sin embargo, las pérdidas serían de alguna manera compensadas con el posterior ingreso de las colecciones

incautadas. Éste período revolucionario traería como consecuencia el nacimiento de una de las instituciones más importantes de Francia, la Biblioteca Nacional, establecida como tal en marzo de 1791, sin que algún acto oficial aluda a este cambio que aparece únicamente documentado.

En ese mismo año el depósito legal fue suprimido y restablecido hasta 1793. A mediados de 1792 se decreta el destierro permanente del territorio francés de los emigrados, ya fuera que hubieran salido del país con plena voluntad o por obligación; sus posesiones fueron adjudicadas al Estado.

Debido al número tan grande de confiscaciones de los bienes procedentes del clero y de los emigrados, se vieron en la necesidad de organizar las bibliotecas embargadas; para ello se crean los depósitos literarios encargados de organizar y realizar el inventario de las obras confiscadas. Como señala Hipólito Escolar (1990, p. 263):

La Asamblea creó un comité para la reordenación de las bibliotecas, en el que figuraban como miembros el director de la Biblioteca Real, Louis-François de Paule Lefèvre d'Omersson, y el de la biblioteca del Arsenal, Humbert-Pascal Ameilhon. Una de las primeras decisiones del comité fue la creación de los llamados depósitos literarios, en París y en provincias, para recoger los volúmenes incautados y proceder a la selección de los más importantes para enviarlos a la Biblioteca Real.

El inventario para los libros que fueron confiscados al clero se realizó de 1790 a 1792, el inventario de los libros procedentes de los emigrados laicos, inició en mayo de 1792 y concluyó en 1796. Como señala Dominique Varry (1991, p. 14):

La historia de los depósitos literarios comprende todo el periodo revolucionario y una parte del periodo imperial hasta el cierre del último depósito parisino en 1811.

En un principio, las bibliotecas confiscadas una vez visitadas, inventariadas de forma sencilla y puestas bajo clausura, permanecen en los establecimientos religiosos de los cuales las bibliotecas pertenecían en otro tiempo. Con el inicio de las ventas de los inmuebles, y previamente a la apertura de las pujas (ofertas para subastar) surge la necesidad de transferir algunas de estas colecciones hacia locales provisionales o definitivos, con frecuencia establecidos en uno de los bienes nacionales del distrito reservado para uso administrativo. Estos locales fueron muy rápidamente conocidos bajo el nombre de “depósitos literarios” (dépôts littéraires). Ahí hubo en principio al menos uno para cada uno de los 545 distritos del país.

Los depósitos parisinos estuvieron activos durante toda la Revolución; las colecciones de la Biblioteca Nacional se incrementaron también por los embargos efectuados, lo que convirtió a la Biblioteca Nacional en la más grande y rica del mundo. Sin embargo la entrada de una gran cantidad de volúmenes a la biblioteca, agrava aún más la falta de espacio del que hasta entonces ya sobrellevaba la Biblioteca, por lo que se plantea la necesidad de trasladarse a un local más amplio (Varry, 1991, p. 18).

El comité para la reorganización de las bibliotecas expuso la necesidad de realizar un catálogo colectivo, *la bibliographie générale et raisonnée de la France*, para dar a conocer con que obras contaban cada una de las bibliotecas. Desafortunadamente no pudo llevarse a cabo por la dificultad al uniformar el contenido, por no contar con los recursos suficientes y por las malas instalaciones de los locales donde eran colocados los libros. Al final muchos libros se perdieron a causa de los guardias encargados de la custodia de los depósitos, que hacían fuego con los libros para combatir el frío.

Con la autoproclamación de Napoleón como emperador, la biblioteca se transforma en Imperial, permaneciendo con esa denominación de 1804 a 1825. Napoleón I encomendó a sus bibliotecarios seleccionar los libros adecuados para que ingresaran a la biblioteca. Su interés era hacer de ésta la gran biblioteca de Europa. Algunos de sus bibliotecarios fueron Ripault, Alexandre Barbier y el Abad Denina.

Durante la Restauración (1814-1830), la biblioteca reanuda su carácter Real, y durante el mandato de Napoleón III (1852-1870) regresa a Imperial; al término de este período se consolida definitivamente como Nacional.

De 1840 a 1852, Joseph Naudet fue el administrador de la biblioteca; él realiza un inventario de las colecciones y organiza la biblioteca, basándose en la clasificación realizada por Nicolás Clément.

En 1852, Jules Taschereau es nombrado el administrador general de la biblioteca y permanece en el puesto hasta 1874. Él aplica su propia clasificación a la biblioteca y publica los catálogos de la historia de Francia, Gran Bretaña, España y Portugal. A finales de 1857, es formada una comisión dirigida por Prosper Mérimé, Inspector de los Monumentos Históricos, quien pide la ayuda de su amigo Antonio Panizzi (bibliotecario del British Museum) para redactar un informe sobre las modificaciones que hay que

introducir en la organización de la Biblioteca Imperial. Sus conclusiones son tomadas en cuenta por Napoleón III, quien encomienda al arquitecto Enrique Labrousse la reparación de una parte de los edificios.

En 1874 se inicia la elaboración de un catálogo general de los libros impresos, del cual solamente una parte fue terminado hasta 1981. Posteriormente se implementa una política de adquisiciones de manuscritos de escritores, estimulada principalmente por el legado del célebre Victor Hugo en 1881.

Léopold Delisle, sucesor de Jules Taschereau, comienza la publicación en 1897 del *Catalogue général des livres imprimés*, el cual está conformado por un total de 197 volúmenes.

Los siguientes 30 años la biblioteca continuó ampliando sus servicios e incrementando el número de las colecciones, convirtiéndose en una constante el problema referente al espacio y a la ubicación del inmueble.

En los años que antecedieron a la Segunda Guerra Mundial, las bibliotecas francesas carecían de una dirección de bibliotecas, por lo que son puestas a disposición del Ministro de Educación Nacional, Jean Zay, quien junto con otras tres personas Emile Dacier, Charles Schmidt y Julien Cain, éste último administrador general de la Biblioteca Nacional, elaboraron las medidas de protección a los edificios y la mudanza de las colecciones. El 28 de septiembre de 1938, envían un comunicado urgente a las 183 bibliotecas municipales, recomendando a los bibliotecarios que deben acordar con las autoridades militares las medidas a adoptar para la protección de las instalaciones de las bibliotecas, así como proveerse de cajas solidas y empacar con mucho cuidado las piezas irremplazables. En caso de ser necesaria la evacuación del inmueble, solamente se transportarán los manuscritos, incunables, libros raros y estampas. En caso de no poder evacuar, se recomienda acomodar las colecciones en bloques masivos y cubrirlos con sacos de tela rellenos de arena seca anteriores (Kuhlmann, 1992, p. 224).

Durante los meses posteriores, el resguardo de las colecciones se convierte en una preocupación constante para los bibliotecarios, la ausencia de una dirección de bibliotecas genera grandes conflictos de organización. Julien Cain es el encargado de organizar la mudanza de las colecciones; es así como:

Desde mediados de agosto de 1939, el gran éxodo de los libros comenzó; millares de cajas fueron puestas bajo el resguardo de los castillos, de abadías, de subsuelos, de sótanos, de cajas fuertes, de mansiones particulares o de locales municipales situados fuera de las grandes ciudades (Kuhlmann, 1992, p. 224).

Durante los bombardeos de mayo-junio, las bibliotecas sufren cuantiosas pérdidas. Con la ocupación alemana en Francia comienza el éxodo gubernamental. En 1941 Léonce Céliér y Marcel Bouteron son reemplazados por Charles Schmidt y Émile Dacier, asignados por el Ministerio de Educación Nacional, bajo el control de los comandantes militares alemanes en Francia. Julien Cain es revocado de sus funciones de administrador de la Biblioteca Nacional, es detenido en febrero de 1941, encarcelado y deportado en enero de 1944 a Buchenwald, uno de los campos de concentración más grandes establecido por los nazis. Bajo la ocupación militar se nombra a Bernard Faÿ administrador de la Biblioteca Nacional.

Así como en la Primera Guerra Mundial se conforman las bibliotecas militares, Bernard Faÿ reorganiza la campaña iniciada por Julien Cain para mandar libros a los campos de los prisioneros de guerra. La Biblioteca Nacional es la encargada de asegurar el control ideológico de los campos de los soldados prisioneros en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

A partir de 1940 se conforma un servicio de protección a las bibliotecas. La dirección es confiada al Dr. Wermke y en 1941 al Dr. Fuchs. A pesar del control ejercido por este último, los bibliotecarios se dieron a la tarea de recabar clandestinamente documentos referentes a la ocupación militar y la resistencia como propaganda alemana, periódicos, literatura clandestina, propaganda de la resistencia, etcétera.

Los bibliotecarios se comprometen activamente en las redes de resistencia. Algunos de ellos fueron arrestados por la Gestapo, algunos más se agrupan en las resistencias armadas, entre ellos Charles Simonpoli, quien fue encontrado terriblemente torturado en uno de los bosques de Fontainebleau. Varios bibliotecarios más fueron fusilados o deportados por su participación en el movimiento en Defensa de Francia.

“¡Los bibliotecarios no son héroes!” Esta frase regresa frecuentemente a la boca de los bibliotecarios de la actualidad cuando ellos evocan el rol de su profesión durante la Segunda

Guerra Mundial. Sin embargo para algunos la resistencia activa en la ocupación pasó detrás de las actividades bibliotecológicas (Kuhlmann, 1992, p. 240).

En agosto de 1944, con la liberación de Francia, Marcel Bouteron fue designado para conformar la Dirección de Bibliotecas de Francia, constituida oficialmente el 18 de agosto de 1945.

Los años posteriores al término de la Segunda Guerra Mundial, fueron muy productivos para la biblioteca, dándose modificaciones importantes tanto en la estructura interna como en la estructura del establecimiento.

El 14 de julio de 1988, el presidente de Francia Francois Mitterrand anuncia la construcción de un nuevo edificio para la Biblioteca de Francia, situado en Tolbiac. La obra es encargada al arquitecto Dominique Perrault quien propone un edificio compuesto por cuatro torres en forma de libro. En 1994 se produce la fusión de la Biblioteca de Francia con la Nacional y se inauguró oficialmente en 1995.

Dependiente del Ministerio de Educación y repartida en varias sedes, la Biblioteca Nacional en la actualidad se encuentra organizada en tres secciones, Administración, Impresos y Documentos especiales (mapas, manuscritos, música, fonoteca nacional y medallas). Conserva aproximadamente 12 millones de libros e impresos, 300,000 manuscritos, 6 millones de estampas, 1,5 millones de mapas, 2 millones de piezas musicales, 1 millón de documentos sonoros, 800,000 monedas y medallas, además de contar con una colección de videos, documentos multimedia e informáticos (Escolar, 1990, p. 265).

La extensa historia de la Biblioteca Nacional de Francia, la ha situado como una de las más ricas e importantes del mundo por sus valiosas colecciones. Aunque haya sido designada Real, Imperial o Nacional según el régimen imperante, no ha cesado durante toda su historia de recolectar, conservar, clasificar, comunicar y transmitir el conocimiento nacional y universal.

3 La Biblioteca Real de España: creación e importancia de la Real Biblioteca Pública

La vida intelectual en España durante gran parte de la Edad Media se centró principalmente en los monasterios. No obstante, algunos monarcas de esa época coleccionaban manuscritos:

La copia de los libros durante la Alta Edad Media se realizaba en los escritorios monacales o catedralicios...Eran raras las bibliotecas privadas, especialmente en el norte cristiano, donde sólo poseían libros los reyes y los infantes...Más que de biblioteca habría que hablar de colecciones de libros pues su número era muy reducido, con dificultad llegaría al centenar (Escolar, 1990, pp. 41, 43).

El documento más antiguo que aún se conserva perteneció a Silo Rey de Asturias de 774 a 783, realizado en 775 en una tira de pergamino y escrito en letra visigoda cursiva. Del tiempo de Alfonso II, rey de Oviedo de 791 a 842 se conserva una Biblia de origen asturiano del siglo IX, realizada por un escriba llamado Danila. De Alfonso III, rey de Galicia y Asturias (866-914), se conservan algunos manuscritos, dos de ellos se encuentran en la Biblioteca del Escorial: *Libro de las sentencias* y *Etimología* de San Isidoro, y uno más del año 902 que se conserva en la Biblioteca Nacional titulado *Vitae patrum* de San Isidoro. Durante el reinado de Alfonso III, la vida intelectual fue influenciada con la llegada de los mozárabes, de los cuales aún se conservan cerca de 350 manuscritos, entre los que destacan *Moralia in job* o *Los morales*, de San Gregorio y el *Breviario mozárabe*. Fernando I rey de Castilla de 1037 a 1065, bibliófilo, reunió varios códices de los que se conservan *Libro de horas* o *Diurno de Fernando I*, escrito en el año 1055, *Liber canticorum*, copiado en 1059 y el *Beato de Facundo*, resguardado en la Biblioteca Nacional. De Alfonso X el Sabio, rey de 1221 a 1284, quien fue el monarca más sobresaliente en el ámbito cultural de la Baja Edad Media, permanecen en la Biblioteca Nacional de España dos tratados de astrología el *Libro conplido de los juizios de las estrellas*, de Ali Aben Ragel y el *Libro de las cruces* de Obaydala. Pero quizás la obra más importante es *Las siete partidas*, un código que trata de unificar los derechos y deberes de los súbditos; este ejemplar posteriormente perteneció a Isabel la Católica, antes de integrarse a los fondos de la Biblioteca Nacional.

Alfonso X integra un grupo de redactores y traductores, además de los copistas, entre

los que figuraban italianos, árabes, judíos y españoles, encargados de realizar principalmente obras científicas, jurídicas, de astronomía y astrología. Debido a la procedencia de tan variados colaboradores, él realiza la tarea de uniformar el estilo de la redacción. Del reinado de su hijo Sancho IV, se conserva *Castigos e documentos para bien vivir*, terminado en 1292 y destinado a la educación de su hijo. Del reinado de Alfonso XI (1311-1350) se conservan en la Biblioteca Nacional, el *Ordenamiento de Alcalá*, con la aprobación de las cortes de Alcalá de 1340 y una copia del *Libro de la coronación*, de Alfonso VII.

En 1472 llega la imprenta en España y se editan obras de Aristóteles, Séneca, Tomás de Aquino, Tucídides, Tito Livio, Cicerón, Virgilio, Boccaccio y Ovidio entre otros. También en esa época la Edad Media llegaba a su fin, con la ascensión al trono de los Reyes Católicos en 1496. Ellos también conservan una colección de impresos, algunos recibidos por herencia, obsequio, y otros más adquiridos por petición del rey (Escolar, 1990, pp. 36, 41-42, 82-85).

Durante los siglos XVI y XVII la principal familia que gobernó España fue la de los Austrias, nombre con el que se conoce a la dinastía Habsburgo. La estirpe de los Borbones gobernó posteriormente y continúa hoy en día siendo la Casa reinante en España. Ambas familias aportaron un notable legado cultural y artístico, del que destacan dos bibliotecas: La del monasterio del Escorial fundada por los Austrias y la biblioteca del Palacio Real de Madrid constituida por los Borbones.

Al siglo XVI viene llamándosele el Siglo de Oro español porque España se convirtió en la gran potencia mundial gobernada por dos poderosos soberanos, Carlos V y Felipe II. Intervino activamente en la política europea, participó militarmente en las luchas religiosas que originó el protestantismo, detuvo la expansión de los turcos en el Mediterráneo y conquistó las nuevas tierras americanas descubiertas por Colón. Fue tan extensa la monarquía regida por Felipe II que se decía que en sus dominios nunca se ponía el sol. Es además, un período brillante para el pensamiento y la literatura españoles (Escolar, 1990, p. 111).

La fundación de la biblioteca del Escorial en 1565 fue bajo el reinado de Felipe II rey de España de 1556 a 1598. Su interés era el de conformar una biblioteca que superara en riqueza bibliográfica a las bibliotecas más famosas de Europa, instalada en el Monasterio del Escorial, que había sido construido como ostentoso sepulcro para los padres y sucesores

del rey. Aunque al comienzo de su reinado se había contemplado a Valladolid como la sede ideal para el establecimiento de la biblioteca, dotada con un acervo inicial de 4,000 volúmenes adquiridos en España y en el extranjero, Felipe II cedió los libros más preciosos de su biblioteca personal, algunos de ellos heredados por su padre y otros más provenientes de la Capilla Real de Granada. Más que coleccionar libros raros y antiguos, su principal preocupación era proporcionar textos relevantes que permitieran a los investigadores continuar con sus estudios, principalmente en materias de religión e historia.

Alrededor de 1577, el humanista español Benito Arias Montano fue el encargado de organizar la biblioteca, separando los manuscritos de los impresos, a su vez cada uno de ellos quedó dividido en 74 disciplinas acomodadas por lenguas; además, redacta el primer catálogo, junto con el primer bibliotecario, el fraile José de Sigüenza.

La biblioteca quedó lista en 1593, acomodada en tres piezas principales, la primera de ellas contenía aproximadamente 7,000 libros en latín, griego y hebreo; la segunda contenía libros en español, italiano, francés, alemán, portugués y catalán; en la tercera sala se encontraban todos los manuscritos divididos en dos partes, en la primera de ellas se encontraban manuscritos en latín y griego únicamente, en la segunda parte se encontraban manuscritos en hebreo, árabe, italiano, español, persa y turco; también se encontraban globos terrestres, cartas, mapas, medallas, monedas y algunos instrumentos matemáticos (Sigueza, 1988c, pp. 294-297).

En 1561 se establece la imprenta en Madrid. 31 años después, durante el reinado de Felipe II, con ayuda de Juan de Junta se establece la Imprenta Real, quedando al frente Tomás Junta. En 1596 lo sustituye Juan Flamenco y la imprenta continúa funcionando hasta 1751. La mayor parte de las obras que se imprimieron allí fueron libros litúrgicos, disposiciones oficiales, libros de rezos, breviarios, misales, y libros de horas.

Los siglos XVI y XVII también estuvieron marcados por el establecimiento de la Santa Inquisición. Al respecto es importante señalar que en la colección del Alcázar se encontraban obras sobre las que existía censura en diferentes grados:

El Concilio de Trento creó para evitar la expansión de las ideas heréticas la Sagrada Congregación del Índice, que ha perdurado hasta la segunda mitad del siglo XX, con la misión de redactar listas de libros cuya lectura se prohibía por inconveniente a los católicos. El *Índice de libros prohibidos*, cuya primera edición, realizada por el impresor veneciano Pablo Manucio, data de 1564 (Escolar,

1990, p. 158).

Las colecciones de la biblioteca se fueron acrecentando, algunas de ellas provenientes de grandes personajes y que fueron legadas a los monarcas en turno. Felipe II hereda la colección perteneciente a: Diego Hurtado de Mendoza (poeta y diplomático español), que reunió su colección a lo largo de sus múltiples viajes por Europa.

Durante el reinado de Felipe III la biblioteca recibe una preciosa colección proveniente de una incautación a un barco propiedad de Muley Zidán, emperador de Marruecos, que constaba de 4,000 manuscritos, sin embargo Felipe III decide donar su colección al convento de San Gil. Durante el reinado de Felipe III, se obligaba a los impresores a marcar a los autores prohibidos.

Nieto de Felipe II, Felipe IV durante su reinado conformó otra biblioteca, aparte de la ya instalada en San Lorenzo el Real, para poder asistir diariamente, ubicada en la torre que había mandado construir su abuelo en la parte suroeste del palacio llamada la Torre Alta o la nueva Torre Dorada, sin embargo esta colección no incluía los libros pertenecientes a Felipe II, ya que él entregó su colección a los jerónimos de San Lorenzo El Escorial.

En 1634 el sevillano Francisco Rioja es nombrado bibliotecario real y tres años después publica el *Índice de los libros que tiene Su Majestad en la Torre Alta deste Alcázar de Madrid*, aunque sólo se incluye una parte de la colección, ya que no menciona la mayor parte de las obras latinas y griegas que poseía Felipe IV:

El *Índice* de Francisco de Rioja recoge sólo una parte de la colección de libros que había en la Torre Alta y en el Alcázar. De hecho, es una ordenación por materias generales a las que habían sido reducidos los libros en lenguas vulgares y algunos pocos latinos que ocupaban el salón principal de la biblioteca del Alcázar en 1637, sin que se reseñasen en él la mayor parte de obras latinas y griegas que también poseía Felipe IV y que parecen haber estado dispuestas en una sala superior de la Torre. Igualmente, el *Índice* no recogió, por razones que se ignoran, una serie de obras conservadas hoy en la Biblioteca Nacional (Santiago, 2004, p. 176).

Estos libros en la actualidad son fáciles de identificar porque la colección de impresos que se encontraban en la Torre del Alcázar fue encuadrada en vitela con lomos lisos en los que aparecen rotulados la signatura, así como una mención de contenido de autor.

El *Índice* muestra si se trata de un impreso o manuscrito, así como el título, autor y

lengua. Además fueron colocadas dos firmas, la primera nos permite conocer el número de estante, estante o cajón donde se encontraba el material y la segunda nos permite conocer el número que ocuparía dentro de cada uno de ellos:

El primer libro del primer estante de la Torre Alta, A1, era el volumen de las *Excelencias de la monarquía y reyno de España* de Gregorio López Madera, lo que de hecho no es un mal comienzo para la biblioteca de un Alcázar en la corte de la Monarquía Hispánica. El último del postrer estante, el ZZZZ26, correspondía a un título no menos evocador: «Utopía de Tomás Moro».

El *Índice* también fue dividido en 40 materias, que se presentan a continuación. El número de entradas corresponde a los títulos y el número de cuerpos al total de obras, ya que algunas se encontraban por duplicado.

Materias del Índice	No. Entradas	No. Cuerpos
I Crónicas universales del mundo	34	45
II Historias de España y de Castilla	53	62
III Leyes del Reyno	15	20
IV Historia de ciudades y obispados de España	36	36
V Historia de los Reynos de Aragón, Cataluña, Valencia, Sardeña, Mallorca y Menorca, Navarra y Vizcaya	44	47
VI Historia del Reyno de Portugal y su India, China, Japón, Filipinas y Etiopía	77	88
VII Historia de las Indias Occidentales	31	34
VIII Historia de África y Turquía	26	29
IX Historia de Persia	11	11
X Historias de Polonia, Moscovia, Bohemia, Hungría, Transilvania, Dinamarca y Suecia	15	15
XI Historia de Inglaterra y Escocia	15	16
XII Historias francesas	39	44
XIII Historia italiana	132	138
XIV Historia y guerras de Flandes y Alemania en italiano y castellano	33	34
XV Nobleza y linajes de España y otras partes	32	33
XVI Historia de personas señaladas	53	53
XVII Órdenes militares y del Tusón	24	24

XVIII Milicia, Artillería y Fortificación	92	93
XIX Arquitectura, Pintura, Escultura, Medallas y Estampas	38	39
XX Cosmografía, Geografía y Topografía	24	30
XXI Esfera	23	26
XXII Matemáticas, Astronomía, Aritmética, Geometría, Perspectiva y Astrología	22	22
XXIII Hydrografía	19	22
XXIV Philosophía Natural y Moral	78	80
XXV Medicina, Cirugía, Anatomía, Botica y Yervas	21	21
XXVI Gobierno y Estado	79	81
XXVII Historiadores griegos traducidos	30	31
XXVIII Poetas griegos traducidos	9	9
XXIX Historiadores latinos traducidos en romance italiano y francés	34	35
XXX Poetas latinos traducidos	27	27
XXXI Poetas españoles	114	136
XXXII Poetas italianos y franceses	79	82
XXXIII Diccionarios y Gramáticas	33	36
XXXIV Retórica y Poética	20	21
XXXV Teología positiva y moral	37	44
XXXVI Historia eclesiástica	115	150
XXXVII Libros de devoción y piedad	164	191
XXXVIII Música	13	24
XXXIX Agricultura	10	10
XL Libros varios de diversas lenguas	245	258

(Bouza, 2005, 81-82).

Francisco de Rioja continuó siendo bibliotecario del rey hasta su muerte en 1659. Sin duda el período de Rioja frente de la biblioteca fue el más brillante en la historia del Alcázar y aunque no existe punto de comparación entre él y Gabriel Naudé, bibliotecario francés del Cardenal Mazarino y autor del primer manual de biblioteconomía francés *Advis pour dresser une bibliothèque*, lo cierto es que la biblioteca de la Torre Alta, ha sido una de las más importantes de Iberoamérica.

Con su carácter utilitario, centrado en las necesidades de información y entretenimiento del

príncipe, alejada de usos bibliófilos y dominada por las traducciones, marca un hito entre la utopía del saber universal que define la Regia Laurentina Escorialense y la ilustrada Real Biblioteca Pública de los Borbones en la que sus fondos se integraron a comienzos del siglo XVIII (Bouza, 1960, p. 16).

La colección conformada por 1,000 códices, propiedad del Conde-Duque de Olivares (político español), ingresa a la biblioteca durante el reinado de Felipe IV. En 1671 durante tres días se prolongó un incendio en El Escorial, perdiéndose aproximadamente 4,000 de estos códices (Escolar, 1990, p. 65).

El Siglo XVII continuó siendo próspero para las letras y el arte españoles; desafortunadamente no sucedió lo mismo con la imprenta, debido a que las autoridades europeas consideraban al libro impreso el causante de los conflictos políticos y religiosos que tanto habían afectado a dichas naciones.

A la muerte de Felipe IV el nuevo monarca, Carlos II hereda la biblioteca; la resplandeciente tipografía española utilizada en tiempos de Felipe II había decaído considerablemente; se descuido, por ejemplo, la impresión de libros, editados con papel y tinta de inferior calidad. Esta situación se dio durante el reinado de los últimos tres monarcas de la Casa de los Austrias: Felipe III, Felipe IV y Carlos II: al perder su influencia española, comenzó su decadencia.

Pero este siglo de decadencia política fue brillantísimo para la pintura y las letras. En él pintaron Velázquez, Zurbarán, Alonso Cano, Valdés Leal, Murillo, Carreño, Claudio Coello, Ribera y Ribalta y escribieron Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Góngora, Gracián y Quevedo... Como consecuencia de este estado de cosas, las obras de los clásicos españoles, Cervantes y Lope, por ejemplo, aparecieron con pobre presentación, aunque como el mal era general, pobre fue la presentación de las obras de los grandes escritores de otros países, como Shakespeare, Corneille, Molière y Racine. Claro que la gente no tenía una estima grande por ellas y las consideraba obras de puro entretenimiento. Su reconocimiento como clásicos o modélicos se demoraría hasta finales del siglo XVIII (Escolar, 1990, p. 143-144).

Con la muerte de Carlos II rey de España (1675-1700), se generó un conflicto monárquico que desencadenaría en una guerra que iniciaría en 1712 y concluiría en 1713, conocida como Guerra de Sucesión, ocasionado principalmente porque al no dejar descendencia Carlos II, fue inevitable el enfrentamiento entre Francia (Borbones) y Austria

(Austrias), dos dinastías con proyectos políticos diferentes y que pelearían por colocar a sus príncipes en el trono español.

La Guerra de Sucesión española, iniciada con el siglo XVIII y terminada con el triunfo de la Casa de Borbón frente a la de Austria, tuvo importantes consecuencias bibliotecarias. Por una lado, se produjeron destrucciones e incautaciones de libros, por otro se creó la Biblioteca Real (Rubalcaba, 1988, p. 157).

Luis XIV nombra en 1700 a su nieto Felipe duque de Anjou como rey de España en Versalles, sin embargo, Felipe V es reconocido como monarca legítimo hasta 1704.

Felipe V de Borbón había recibido una educación rigurosa tanto física, intelectual y moral, sin embargo su estudio se enfocó a cuatro disciplinas fundamentales que todo príncipe debía dominar: historia, geografía, política y el arte militar.

Los monarcas podían llegar a ser grandes por cuatro razones distintas por su piedad en materia de religión; por su justicia y ánimo; por su valor en la guerra; y en último lugar, por su amor a las letras, bien profesándolas bien favoreciéndolas. El nuevo rey de España, Felipe V, continuaba el citado preámbulo, se había hecho merecedor de la mayor de las glorias por haber reunido en su persona esos cuatro modos de ser grande (Bouza, 2004, p. 165).

El nuevo monarca toma posesión de la biblioteca reunida en el Alcázar de Madrid por los últimos Austrias Felipe IV y Carlos II, la cual fue instalada en el pasadizo de La Encarnación. El bibliotecario de Carlos II, Luis de Salazar es destituido del cargo y es nombrado bibliotecario por el nuevo monarca, el jesuita Ignacio Chilli.

Entre las instituciones creadas por la dinastía Borbón se encuentran la Real Biblioteca pública y la Academia de la Lengua. El 29 de diciembre de 1711, Felipe V aprobó el plan de biblioteca que le presentó su confesor el jesuita francés Pedro Robinet.

Las primeras noticias que se encuentran en el Archivo de la Biblioteca Nacional sobre la fundación son del 9 de febrero de 1712. En esta fecha el Secretario de Estado, José de Grimaldo, informó al Condestable de Castilla la resolución de Felipe V de establecer una librería real en el pasadizo que unía Palacio con el Convento de la Encarnación...En marzo de 1712, todavía en plena Guerra de Sucesión, se dio autorización al público para poder utilizar este fondo bibliográfico; pero fue en enero de 1716 cuando se estableció y se fundó la «Real Librería»

(Rubalcaba, 1988, p. 157-158).

4 Repercusiones de la Real Biblioteca Pública en España

Fue así como en 1712 durante el reinado de Felipe V, primer rey de la Casa de los Borbón, quedó establecida la Real Librería; a partir de esta institución quedaría conformada la primera biblioteca pública de Madrid.

Tres reyes (Felipe V, Carlos III y Carlos IV), tres bibliotecarios mayores (Juan de Ferreras, Juan de Santander y Francisco Pérez Bayer) y tres ilustres eruditos (Manuel Martí, Gregorio Mayans y F. Pérez Bayer) marcaron profundamente la historia de la Real Biblioteca Pública. Gracias a ello más tarde de ésta emanó la Biblioteca Nacional de España (Carrión, 1999, p. 25).

La Real Biblioteca en sus inicios, no contaba con normas establecidas que dirigieran las funciones del personal, quienes tampoco contaban con un pago establecido. Gabriel Álvarez de Toledo, primer bibliotecario mayor y cuatro ayudantes más se dieron a la tarea de mantener la biblioteca abierta durante sus primeros años.

El regreso a Francia de Pedro Robinet, confesor del rey y la muerte de Álvarez Toledo, originó un periodo de inestabilidad en la biblioteca. El nuevo confesor del rey, Guillermo Daubenton, será el encargado de iniciar la renovación de la Real Biblioteca. Nombra bibliotecario mayor a Juan de Ferreras uno de los fundadores de la Academia Española, quien redacta el primer reglamento de la biblioteca, ratificado por Real Cédula el 2 de enero de 1716, en su primer artículo quedó establecido que el director general sería siempre el confesor del rey, y serviría de enlace entre el monarca y el bibliotecario mayor, además tendría absoluto control sobre el nombramiento de este último. Ferreras, como bibliotecario mayor, tenía la responsabilidad del buen funcionamiento de ésta y de la:

Distribución del trabajo del personal, adquisición de libros y venta y trueque de los duplicados, cumplimiento de las normas reglamentarias, que se reducían a la prohibición de salida de los libros sin autorización real, y respeto por las horas de apertura, seis diarias, tres por la mañana y tres por la tarde. Las constituciones se mantuvieron vigentes hasta 1761, año en que Carlos III aprobó unas nuevas más amplias, redactadas por el bibliotecario mayor Juan de Santander (Escolar, 1990, p. 379).

El resto del personal quedó integrado por cuatro bibliotecarios más, de los cuales, dos serían escribas, uno ayudante y otro portero (Mestre, 2004, p. 68). La colección inicial fue

de aproximadamente de 8,000 volúmenes, entre impresos y manuscritos, la colección de la Real Librería quedó conformada por obras mandadas a traer desde Francia, por mandato de Felipe V, otra parte de la colección fue el resultado de las incautaciones realizadas a los nobles, durante la Guerra de Sucesión y el resto era parte de la colección ya existente en 1637 en la Torre Alta del Alcázar, perteneciente a Felipe IV, llamada la Reina Madre. Los ejemplares duplicados provenientes del Alcázar, fueron puestos a la venta, y algunos ejemplares más fueron reencuadrados.

Capítulo fundamental en toda biblioteca, aparte de la organización y consulta de sus fondos, es el incremento de los mismos. Gracias al *Libro en que se asientan los libros, que se compran para la biblioteca de S. Magd. 1716-1736* se puede conseguir con todo detalle el crecimiento del tesoro bibliográfico en esos años y conocer cuándo entraron obras importantísimas: manuscritos, incunables, libros de los siglos XVI y XVII, publicados en España, Italia, Francia o los Países Bajos, monedas, medallas, etcétera (Santiago, 2004, p. 229).

Cosmografía de Tolomeo impreso en 1482 y *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio, fueron algunas de las obras que fueron adquiridas por la Biblioteca, una *Biblia* incunable, que perteneció al inquisidor Fray Tomás de Torquemada, ingresa por donación. También se encontraban libros dedicados al monarca, como el *Index Librorum prohibitorum de 1707*, encuadrado lujosamente para ser presentado al rey. “El índice era un instrumento fundamental para el control ideológico, debía estar presente en todas las bibliotecas y todos los libreros estaban obligados a adquirirlo, so pena de una multa de 40 ducados, para saber qué libros podían vender” (Santiago, 2004, p. 231).

Por mandato del rey en esa misma época se inició la elaboración de un catálogo, del que sólo se conserva un volumen que lleva por título *Index librorum Bibliothecae Regiae Tomo II Continens literas M-R que continentur libri spectantes ad Medicinam, Chirurgiam, Botanicam, Naturale Historia, Animalium, Plantarum, etc, Phisicam, Ethicam, Historiam Profanam, Logicam, Rhetoricam, Poeticam*. Los datos que aparecen en el registro son autor, título, tamaño, lugar y fecha de edición, la lengua en que está escrito el documento y la ubicación del material.

El 26 de julio de 1716, se impuso a los libreros por Real Cédula la obligación de entregar a la Real Biblioteca un ejemplar de todas las obras que hubieran sido impresas en

el reino a partir de 1711, sin embargo todavía hasta 1761 dicha disposición no se cumplía completamente. La primera obra que ingresa es entregada por su autor Antonio Palomino, el 15 de septiembre de 1716, un año después de haber sido publicada, bajo el título de *La Theórica de la Pintura*.

Un brillante bibliotecario ingresa durante el tiempo de Ferreras, Juan de Iriarte quien se dedicó a la ejecución de índices y a incrementar el número de adquisiciones; su estancia en la biblioteca fue muy larga y valiosa. El primer catálogo, que contenía dos de los cuatro tomos que había realizado para describir los códices griegos, son publicados en 1769, dos años antes de su muerte, bajo el título de *Regiae Matritensis Bibliothecae códices graeci*.

Sucesor de Felipe V, en 1746 Fernando VI es nombrado rey de España.

Durante el reinado de Fernando VI se impuso definitivamente la idea de que correspondía a la corona la misión de impulsar la cultura y sacar del atraso científico al país. Las academias se expandieron, se fomentó la introducción y traducción de libros, muchos de los cuales eran dedicados a los propios monarcas (Santiago, 2004, p. 146).

En 1751, Juan de Santander es nombrado bibliotecario mayor, Santander se mantendría en el cargo treinta y dos años, durante ese tiempo, la biblioteca logró mantener su presencia cultural.

La Real Biblioteca adquiere cada vez mayor relevancia, gracias a las constituciones ampliadas durante el reinado de Carlos III, en 1761, redactadas por Santander donde señala entre otras cosas que el personal debe dominar el latín y otra lengua adicional como griego, árabe o hebreo, tener conocimientos de teológica, jurídica, historia, arqueología, filosofía y buenas letras; se concede además un aumento de sueldo a los empleados. Ese mismo año la Imprenta Real fue puesta a las órdenes del bibliotecario mayor, y es nombrado por el rey Consejero de la Inquisición.

Con las nuevas Constituciones la Real Biblioteca...se convertía en una institución moderna y en un verdadero poder social, al contar con sus propios medios de difusión. En tiempos de Santander, la Real Biblioteca alcanza ya una estructura clara definida por sus colecciones básicas: la de Manuscritos (incluidos mapas y estampas), las de Libros impresos y las de Medallas y monedas con las demás antigüedades e instrumentos (Carrión, 1999, p.30).

Carlos III también se preocupó por difundir el acervo que permanecía en el Escorial, por lo que encargó al libanés Miguel Casiri la elaboración de un catálogo de los fondos árabes de la biblioteca y a Francisco Pérez Bayer un catálogo de los manuscritos romances, griegos latinos y hebreos; desafortunadamente solamente el trabajo de Casiri pudo publicarse.

La Real Biblioteca en este tiempo logra consolidar una estructura clara y define los lineamientos para sus colecciones básicas que son Manuscritos, Libros impresos y Medallas y monedas. En 1783 muere Juan de Santander; su sucesor Francisco Pérez Bayer fue el encargado de concluir la publicación de la nueva edición de la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio en la imprenta de Ibarra. En 1794 es sucedido por Pedro Luís Blanco, desde 1794 hasta 1799.

De 1808 a 1857, la biblioteca no hizo ninguna publicación y se debatió en una larga crisis de consolidación, pero, en la segunda mitad del siglo XIX, experimentará un espectacular crecimiento y terminará por conseguir una “sede cuando menos suntuosa” (Carrión, 1999, p. 39).

En 1809, José Bonaparte “el Intruso”, al ordenar la supresión de conventos, la biblioteca de Felipe II, que permanecía en el Escorial bajo el resguardo de la orden de los Jerónimos, es transportada para reunirse con los fondos de la Biblioteca Real; posteriormente al concluir la guerra de independencia la biblioteca volvió al Escorial, donde se encuentra actualmente, no sin haber sufrido valiosas pérdidas.

Los últimos bibliotecarios mayores al frente de la Real Biblioteca fueron Antonio de Vargas, Pedro de Silva y Juan Crisóstomo Ramírez. En 1836 la biblioteca Real cambia su denominación por Biblioteca Nacional y pasa a depender del gobierno. En 1837 se crea una comisión encargada de seleccionar la obras provenientes de los conventos suprimidos que debían depositarse en la Biblioteca Nacional; de esta forma ingresan alrededor de 700,000 volúmenes procedentes de conventos madrileños.

El 16 de marzo de 1896 se abrió al público la nueva sede de la Biblioteca Nacional, ubicada en el paseo de Recoletos. De 1898 a 1912 ocupó el cargo de director Marcelino Menéndez Pelayo, quien ha sido sin duda, el más famoso de los directores de la Biblioteca Nacional. A su muerte en 1912 es designado director su discípulo Francisco Rodríguez Marín. Su nombramiento causó polémica entre varios intelectuales, quienes pedían que el

puesto fuera ocupado por alguien que tuviera méritos científicos. En 1930 Rodríguez Marín presentó su renuncia, debido a un robo de estampas en la Biblioteca Nacional. En 1931 es nombrado director de la Biblioteca Nacional Miguel Artigas.

Con Francisco Franco al frente del Gobierno español, el Ministerio de Instrucción Pública, es sustituido por la Comisión de Cultura y Enseñanza, que se haría cargo de las bibliotecas españolas. Un decreto del 23 de diciembre de 1936 declaraba ilegal, la producción, circulación y la venta de material socialista, comunista y con ideas libertarias; la persona que poseyera este tipo de material debía entregarlo en un plazo de cuarenta y ocho horas. Los bibliotecarios, por su parte, tenían la responsabilidad de resguardar este tipo de material y su consulta debería ser justificada. Sin embargo, a finales de 1937, se crea otra comisión encargada de retirar en un plazo de dos meses todo material subversivo de las bibliotecas.

La Comisión se encargaría de dividir el material en tres secciones, obras pornográficas, publicaciones sobre propaganda revolucionaria y libros que por su contenido ideológico pudieran resultar nocivos. Las dos primeras secciones serían destruidas, la última resguardada en cada biblioteca, pero sólo podrían ser consultadas con un permiso emitido por la comisión de Cultura (Escolar, 1990, pp. 500-525).

Durante la Guerra Civil algunas bibliotecas sufrieron daños físicos al ser bombardeadas; también hubo pérdidas humanas, ya que muchos bibliotecarios fueron fusilados y otros más serían exiliados.

El edificio sufrió las consecuencias de un bombardeo y la cabeza de la estatua de Lope de Vega rodando por el suelo fue testigo elocuente en la literatura de propaganda, separada de su estatua; los fondos se recogieron en los sótanos del edificio y los más preciosos fueron preparados para una eventual evacuación y evacuados de hecho a Valencia (99 cajones con los tesoros de la Nacional que se depositaron en las medievales Torres de Serrano); se mantuvo un combate dialéctico entre representantes de ambos bandos que tenían ecos también en periódicos extranjeros; algunos bibliotecarios, apresados como consecuencia de una redada de carácter político en la Biblioteca, no pudieron volver a encontrarse con sus libros (Carrión, 1999, p. 69).

Durante los años de 1936 a 1939, en plena guerra civil ingresan a la Nacional, alrededor de 500,000 volúmenes, procedentes de incautaciones realizadas a centros religiosos, palacios y casas particulares, con el fin de salvaguardar obras de arte y libros

(Fuentes, 2003, p. 142).

Al igual que en Francia, durante este período se forman las bibliotecas militares, con la finalidad de difundir y ampliar conocimientos en materia militar del ejército, el conjunto de estas bibliotecas formaría la Biblioteca Central Militar.

Al terminar la guerra civil, Artigas es restituido en su puesto de director de la Biblioteca Nacional. A su muerte en 1947, es sustituido por Luis Morales, quien se mantiene en el cargo hasta 1957, ambos continuaron aplicando en la biblioteca la política anterior a la guerra civil.

En 1961, Miguel Bordonau es nombrado director de la Nacional, él define los servicios de la biblioteca, establece Servicio Nacional de Lectura y encargado de hacer llegar libros a todo el territorio español.

Los próximos directores de la biblioteca se encargaran de llevar a cabo un Plan General, encargado de mejorar los servicios, de la creación de depósitos para fondos especiales, la reunión en un solo edificio del Registro de la Propiedad Intelectual, el Depósito Legal, el Servicio de Canje Internacional de Publicaciones y el Servicio Nacional de Lectura, entre ellos destacan el nombre de Guillermo Guastavino (1967-1974) e Hipólito Escolar (1975-1984), durante la gestión de este último se alcanzó la cifra más elevada de usuarios, incrementó el número de adquisiciones, y continuó con la política de exposiciones, para dar a conocer la riqueza cultural de la biblioteca.

En la actualidad la Biblioteca Nacional de España funge como cabecera del Sistema Español de Bibliotecas, establecida en dos sedes: Madrid y Alcalá de Henares. Su colección se encuentra dividida en Archivo, Carteles, Dibujos, Ephemera y Exlibris, Fondo Especial de Impresos, Fondo General de Impresos, Fotografías, Grabaciones sonoras, Grabados, Incunables, Manuscritos y Archivos Personales, Mapas, Música, Prensa y Revistas y Videgrabaciones.

5 La Biblioteca Real del Reino Unido: creación e importancia de la King's Library

En el caso del Reino Unido existieron dos Bibliotecas Reales, ambas de gran importancia, la primera fue la conocida como Old Royal Library y la segunda la King's Library.

El Rey Juan I, a comienzos del siglo XII, mantenía una pequeña colección de libros que transportaba siempre con él. Tres siglos después, Eduardo IV Rey de Inglaterra de 1461 a 1483, funda la Royal Library (hoy conocida como la Old Royal Library), instalada en habitaciones especiales dentro del palacio real y puesta bajo el cuidado del gran erudito Piers Courteys.

Enrique IV había residido en la casa de Luis de Gruthuyse, destacado bibliófilo, en Brujas, por el cual se ve fuertemente influenciado e inicia una colección de manuscritos. Enrique IV se propone durante su reinado, incrementar notablemente ese acervo inicial.

A la muerte de Eduardo IV le sucedió al trono su hijo su hijo Eduardo V de Inglaterra (1470-1483) pero sería hasta la ascensión de Enrique VII de Inglaterra cuando se retomaría la colección de la Old Royal Library. En 1492 nombra al primer bibliotecario, originario de Flandes, llamado Quintín Poulet, quien permaneció en el puesto hasta la ascensión al trono de Enrique VIII. Se construyó una torre para alojar la biblioteca junto a la Torre del Rey, en la cual estaba la alcoba que utilizaba Enrique VII (Esdaile, 1948, p. 240-242).

En 1509 Enrique VIII es proclamado Rey. Durante su niñez había recibido educación en teología y música, además de estudiar idiomas como el francés, latín e italiano. Esta cultura tan extensa llevó a Enrique VIII a rodearse de eruditos y exigir a sus cortesanos un alto nivel cultural. Mientras que Enrique VII había adquirido menos de doscientos volúmenes, sobre todo de naturaleza piadosa, su hermano Enrique VIII era más que simple bibliófilo. Él tenía un especial interés por los mapas, así como por los instrumentos de cartografía. Enrique VIII nombra a Giles d'Ewes como bibliotecario en Richmond, para sustituir a Poulet. Giles era también profesor real de francés. Además, alrededor de 1520 nombra a John Leland, quien era profesor particular de Lord Thomas Howard, como custodio de la Biblioteca Real, quien era el encargado de buscar los materiales de acuerdo con los gustos del Rey. Es así como en el siglo XVI:

Bajo Enrique VIII, la biblioteca real aumentó considerablemente. Había bibliotecas en Richmond,

Greenwich, Hampton Court y Whitehall, cada una de las cuales estaba bajo el cuidado del respectivo Custodio del Palacio. Había también un bibliotecario residente; el primero que nombró Enrique VIII fue el estudioso flamenco Giles d'Ewes. Estas bibliotecas estaban dotadas de mesas y atriles, ambos con estantes debajo para guardar libros; los estantes instalados en las paredes no se pusieron de moda hasta más avanzado el siglo. Los libros reales eran encuadernados por el encuadernador del Rey, que empleaba para ello terciopelo o piel rojo o negro, y se numeraban y colocaban por orden alfabético. Algunos de los libros y manuscritos del rey han llegado a nuestra época. Varios están en la British Library, a la vez que casi cien volúmenes duplicados se donaron al Trinity Collage de Oxford después de la muerte de Enrique; algunos de ellos habían sido adquiridos originalmente de las bibliotecas monásticas. Lo que quedó de la biblioteca de Enrique VIII formaría el núcleo de la actual Biblioteca Real de Windsor (Weir, 2003, p. 191).

Debido a los sucesos desencadenados en Inglaterra, causados por Enrique VIII y su ruptura con la Iglesia Católica, inicia la supresión de los monasterios. En 1533 Enrique nombró a John Leland Anticuario del Rey, quien estaba encargado de recuperar las antigüedades de Inglaterra, y explorar las bibliotecas de todas las catedrales, abadías y monasterios. Leland aseguró algunos libros que fueron trasladados a la Biblioteca Real.

Enrique VIII, al apropiarse de las colecciones provenientes de las incautaciones religiosas, consiguió enriquecer notablemente la colección de la Royal Library. En 1534 un visitante anónimo de la corte, de origen francés, registró 143 trabajos, escritos e impresos, entre los que se encontraban algunos textos impresos por Vérard en París, los cuales habían sido adquiridos por Enrique VII.

A la muerte de Giles d'Ewes en 1535, es sustituido por William Tyldesley. La biblioteca principal era la que se encontraba en Richmond y la segunda de gran importancia era la que se encontraba en Westminster, la cual estaba también a cargo de Tyldesley. Se comenzó a elaborar un inventario preliminar debido a los numerosos libros que fueron ingresando a las colecciones. La investigación de John Leland sobre los libros que se encontraban en los monasterios, su colección y las notas fueron publicados en 1549 por John Bale (Esdaile, 1948, p. 241).

Aproximadamente en 1588, Sir Robert Cotton, Sir John Dodderidge y James Ley, miembros de la Sociedad de Anticuarios, realizaron una propuesta para la formación de una biblioteca nacional, dedicada al estudio de la antigüedad e historia, la cual llevaría el nombre de la Biblioteca de la Reina Elizabeth, y debería ser inspeccionada anualmente por

el Arzobispo de Canterbury. Dicha propuesta, no fue tomada en cuenta.

La Biblioteca Real siguió creciendo con los monarcas subsecuentes. En 1757 Jorge II, presenta y dona la colección de la Biblioteca Real para conformar la futura Biblioteca Nacional.

Jorge III, a principios de su reinado, decide formar una nueva biblioteca, la King's Librara, en Buckingham House. En 1763 adquiere la biblioteca de John Smith, cónsul británico en Venecia, colección conformada principalmente por libros clásicos y primeras ediciones. Durante su reinado también se adquirieron varias bibliotecas privadas. Aproximadamente 65,000 libros fueron donados al Museo británico por Jorge IV en 1823. En la actualidad permanecen en un fondo reservado dentro de la Biblioteca británica.

Una pequeña parte de la colección de Jorge III fue conservada por la realeza, junto con los volúmenes reunidos con Jorge IV, que han conformado desde entonces la Royal Collection.

6 Repercusiones the King`s Library en el Reino Unido

En 1753 se creó el British Museum, institución de la que depende la Biblioteca Nacional del Reino Unido (British Library), la cual fue conformada por varias colecciones. En 1757 se incorporó a estos fondos la colección de la Old Royal Library, donada por Jorge II.

La idea de la fundación de un gran centro que reuniera los libros provenientes de los conventos suprimidos en 1530 y que habían pasado a formar parte de la colección del rey, fue de John Leland, tipógrafo inglés quien envió una carta a Enrique VIII para solicitar su apoyo sin recibir respuesta. Ciento cincuenta años después se vuelve a plantear una propuesta por un bibliotecario real, Richard Bentley, bajo el nombre de *Proposal for building a Royal Library and establishing it by Acto f Parliament*, dirigida al Parlamento inglés, sin embargo esta idea no los convenció por completo. Sería hasta 1753, que se comenzaría a conformar la colección para crear la British Library (Fuentes, 2003, p. 121).

Como muchas otras instituciones de ese país, el Museo Británico se desarrollo más gracias al azar que a un propósito específico. No hubo rey ni parlamento que asumiera la tarea de preservar la herencia nacional; no hubo sector del gobierno británico que emprendiera la tarea de establecer una colección de literatura académica útil para científicos y estudiosos. Un puñado de individuos acaudalados coleccionaba documentos históricos, manuscritos literarios y científicos, que más tarde, fueron donados o vendidos a la nación. La colección de sir Robert Cotton (1571-1631) contenía muchos libros que habían sido propiedad monástica antes de la Reforma. Robert (1661-1724) y Edward Harley (1689-1741), los primeros condes de Oxford eran coleccionistas de historia política. Sir Hans Sloane (1660-1753), un acaudalado médico de Londres, adquirió ejemplares sobre botánica y zoología y libros científicos (Lerner, 1999, p. 148-149).

Edward Harley legó sus libros y donó la cantidad de 7,000 libras para la construcción de un edificio destinado a albergar la colección de la biblioteca. Posteriormente Sir Hans Sloane, en su testamento, dispuso que se ofrecieran al Estado su colección de 40.000 libros y otros objetos por la suma de 20.000 libras, cantidad con la que no se contaba, por lo que el Parlamento realizó una rifa para obtener los

recursos que les permitieran adquirir la colección y fundar el Museo Británico, para alojar todas las colecciones. El museo abrió sus puertas al público en 1759, en Montagu House; fue cuando Jorge II donó aproximadamente 9.000 impresos y 2.000 manuscritos que conformaban la Old Royal Library.

El Parlamento adquiere un edificio y designan un Consejo para dirigir el Museo, conformado por fideicomisarios, coordinados por tres administradores principales, representando los tres estados del reino, el Arzobispo de Cantebury, el Lord Chancellor, y un representante de la Cámara de los Comunes. El resto estaba conformado por ministros de gobierno, oficiales, representantes de las familias de los principales benefactores del museo, y dieciseis fideicomisarios adicionales.

Los principales bibliotecarios a cargo de la British Library, desde sus inicios son los siguientes:

The Principal Librarians

(Desde 1898, Director y Bibliotecario Principal)

1756 Gowin Knight

1772 Matthew Maty

1776 Charles Morton

1799 Joseph Planta

1827 Henry Ellis

1856 Antonio Panizzi

1866 John Winter Jones

1878 Edward Augustus Bond

1888 Edward Maunde Thompson

1909 Frederic George Kenyon

1931 George Francis Hill

1936 Edgar John Forsdyke

1950 Thomas Dowing Kendrick

1958 Frank Chalton Francis

1969 Sir John Wolfenden

(Esdaile, 1948, p. 328).

Los inicios del Museo Británico no fueron muy alentadores; sus escasas finanzas no le permitían adquirir nuevas colecciones. Durante esta primera etapa el incremento de colecciones estuvo sujeto a donaciones. En 1820 inició la recopilación de diarios sistemáticamente, sin embargo no se contaban con ningún espacio disponible para su almacenaje.

En 1837 Antonio Panizzi (exiliado político italiano) fue nombrado Mantenedor de Libros Impresos. Desde sus inicios se propuso transformar la biblioteca y reunir en ella, todos los materiales referentes a su historia nacional:

Aunque de facto este centro era y actuaba como una biblioteca nacional. En su estatus oficial formaba parte integral de una colección de «curiosidades» naturales y artificiales...Contra esta idea de apoyo y defensa de la vieja tradición anticuaria que consideraba a la British Library como una parte más, a todos los efectos, del British Museum, actuó decididamente sir Antonio Panizzi, considerado el «príncipe de los bibliotecarios» quien concebía esta biblioteca como el archivo de los impresos de la nación, sistemáticamente adquiridos, gestionados y catalogados con el apoyo de un extenso abanico de bibliografías temáticas especializadas (Fuentes, 2003, pp. 121-122).

Para poder realizar este proyecto Panizzi puso especial atención en que se cumpliera con el depósito legal; mejoró la situación laboral de los empleados y resuelve los problemas referentes a la catalogación. Panizzi, deja su puesto en 1866.

De acuerdo con información obtenida en la página web de la British Library (<http://bl.uk/collections/history.html>), en 1900 se propuso que se diera de baja la colección de diarios procedentes de las provincias, debido a la falta de espacio para su almacenamiento. Afortunadamente muchos se opusieron a que parte de la colección fuera eliminada, por lo que fue adquirido un nuevo establecimiento para el depósito de periódicos. En 1928 el espacio era insuficiente, por lo que la Comisión Real sobre Museos Nacionales y Galerías recomendó que se construyera una biblioteca exclusivamente para periódicos, acondicionada con salas de lecturas, la cual fue completada en 1932 en Colindale. Los diarios que se encontraban en el Museo británico fueron transferidos al nuevo edificio, a excepción de los periódicos anteriores a 1801.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el depósito que albergaba la colección de periódicos, fue destruido por el bombardeo del 20 de octubre de 1940, perdiéndose

aproximadamente 6,000 volúmenes de periódicos ingleses. La biblioteca por su parte continuó funcionando; los libros más valiosos, impresos y manuscritos, fueron resguardados. La biblioteca también tuvo pérdidas: aproximadamente 200,000 volúmenes de libros fueron destruidos.

Al finalizar la Guerra el espacio en la biblioteca es insuficiente, por lo que se inicia la construcción de dos edificios más, que hasta el día de hoy continúan funcionando. En 1943 se plantea la idea de restituir el edificio que fue destruido en 1940; el edificio fue terminado hasta 1957.

En las décadas posteriores las salas de lectura han sido ampliadas y una unidad de microfilmación fue construida. Se colocó un sistema de circuito cerrado en todas las salas de lectura y se automatiza el catálogo de la biblioteca.

A pesar de conformarse desde 1753 es hasta 1972 que se plantea la construcción de un gran centro nacional que proporcione servicios bibliográficos y de información, es así como el 1º de julio de 1973 La British Library es decretada como Biblioteca Nacional del Reino Unido.

En la actualidad la British Library es una de las bibliotecas más grandes e importantes del mundo. Cada año ingresan a sus colecciones 3 millones de nuevos materiales bibliográficos. La colección ocupa aproximadamente 625 kilómetros de estantería y crece cada año 12 kilómetros. Si consultáramos 5 materiales por día, tardaríamos 80,000 años para ver la totalidad de sus colecciones.

Conclusiones

La historia del origen de la Biblioteca Nacional en cada país se ha dado en diferentes momentos, pero en el caso de Europa, muchas de éstas se originaron a partir de las colecciones reales, las cuales al ir incrementando sus colecciones, con el paso del tiempo se convertirían en Bibliotecas Nacionales.

La importancia histórica de las Bibliotecas Reales radica en la conformación y preservación de valiosos fondos bibliográficos, por parte de los principales monarcas europeos, quienes en la búsqueda constantes por ingresar a sus acervos los volúmenes más bellos de su época, fueron conformando grandes colecciones de gran valor universal.

Permitieron además sentar las bases de la nueva profesión bibliotecaria, al desarrollar durante su época los primeros sistemas de clasificación, catalogación y lo que es el núcleo central de toda biblioteca nacional, el depósito legal.

El decreto establecido en Francia en el Siglo XVI por Francisco I, referente al Depósito Legal es de vital importancia, pues el mayor número de colecciones ingresan a las Bibliotecas Nacionales es por esta vía.

Un aporte fundamental a la labor bibliográfica de esta institución fue dada por eruditos, bibliotecarios y grandes bibliófilos, quienes desde la Edad Media se dieron a la tarea de reunir y resguardar parte importante del patrimonio cultural, no sólo de su país, sino del extranjero conservado hoy en día por las Biblioteca Nacionales.

La transición de Biblioteca Real a Biblioteca Nacional fue inevitable; por una parte el incremento en el número de las colecciones y por otro la necesidad de preservar la memoria histórica política, social y cultural de las naciones, hizo que se planteara la idea de conformar una institución que fungiera como centro bibliográfico nacional.

Los siglos XIX y XX significaron un período importante para la consolidación de las bibliotecas nacionales. A pesar de haber sido una época de tensión internacional, la biblioteca nacional continuó con su labor bibliográfica y es gracias a esos conflictos que ingresan a la biblioteca el mayor número de colecciones, transformándose en importantes centros de estudio, cambiando su estructura y modificando sus funciones.

Referencias

Bailly, A. (1966) Francisco I: Protector de las Letras y de las Artes (Trad. L. Blanco). México: Herrero (original en francés, 1954).

Balayé, S (1988^a). La naissance de la Bibliothèque du Roi (1490-1664). En: *Histoire des bibliothèques françaises: Les bibliothèques sous l'Ancien Régime 1530-1789* (pp. 77-83), (vol. 2).Francia: Promodis.

Balayé, S (1988b). La Bibliothèque du Roi première bibliothèque du monde (1664—1789). En: *Histoire des bibliothèques françaises: Les bibliothèques sous l'Ancien Régime 1530-1789* (pp.209-234), (vol. 2). Francia: Promodis.

Balayé, S (1991). La bibliothèque nationale pendant la Révolution En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques de la Rèvolution et du XIX siècle 1789-1914* (pp. 71-83), (vol. 3). Francia: Promodis.

Battles, M (2003). *Library: An unquiet history*. New York: W. W. Norton & Company.

Biblioteca Nacional Madrid (2004). En *Diccionario Enciclopédico de Ciencias de la Documentación* (Vol. 1, pp. 194-198). Madrid: Síntesis.

Bibliothèque Nationale de France (2003). En *Encyclopedia of library and information science* (2^a ed) (Vol. 1, pp. 329-335). New York: Marcel Dekker.

Bibliothèque Nationale de France: *au seuil du vingt ey unième siècle* (19--). Francia: Bibliothèque Nationale de France.

Blasell, B. y Melet, J (1990). *La bibliothèque nationale de France Mémoire de l'avenir*. Francia: Gallimard.

Bloch, D (1989). La formation de la Bibliothèque du Roi. en: *Histoire des bibliothèques françaises: Les bibliothèques médiévales du VIe siècle à 1530*. Francia: Promodis.

Bouza, F (2004). Reyes sabios: La majestad, los libros y la educación de los príncipes. En *En La Real Biblioteca: 1711-1760 de Felipe V a Fernando VI* (pp. 165-168) Madrid: Biblioteca Nacional.

Bouza, F (2005). El libro y el Cetro: La Biblioteca de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar de Madrid. Madrid: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura.

Caillet, M (1988). Les Bibliothécaires. En: *Histoire des bibliothèques françaises: Les bibliothèques sous l'Ancien Régime 1530-1789* (pp. 373- 390).(vol. 2)Francia: Promodis.

Carrion, M (1999). *La Biblioteca Nacional*. Madrid: Biblioteca Nacional

Delmas, B (1991). Les debuts de la formation des bibliothécaires. En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques de la Révolution et du XIX siècle 1789-1914* (pp. 118-139) (vol. 3). Francia: Promodis.

Duchemin, P (1992). La Bibliothèque nationale. En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques au XXe siècle 1914-1990*(pp. 366-379) (vol. 4). Francia: Promodis.

Escolar, H (1990). Historia de las Bibliotecas (3a. ed.). Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Esdaile, A (1948). *The British Museum Library: a short history and survey*. 2ª ed. London: George Allen & Unwin Ltd.

Fuentes, J (2003). Las Bibliotecas Nacionales: un estado de la cuestión. España: Ediciones Trea.

Gilles Mallet (2007). Documento en línea Recuperado el día 30 de diciembre, 2007 de http://fr.wikipedia.org/wiki/Gilles_Mallet

Kühlmann, M (1992) Les bibliothèques dans la tourment. En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques au XXe siècle 1914-1990* (pp. 222-245) (vol. 4). Francia: Promodis.

Lerner, F (1999). *Historia de las Bibliotecas del mundo: desde la invención de la escritura hasta la era de la computación* (Trad. I. Frid). Argentina: Troquel (Original en ingles, 1988).

Marcetteau, A. y Varry, D (1991). Lectures de la Révolution. En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques de la Révolution et du XIX siècle 1789-1914* (pp. 85-97) (vol. 3). Francia: Promodis.

Mestre, A (2004). Los orígenes de la Biblioteca Real (1711-1761). En *La Real Biblioteca: 1711-1760 de Felipe V a Fernando VI* (pp. 65-73) Madrid: Biblioteca Nacional.

Miller, E (1988). Department of printed books. En *Prince of Librarians: the life and times of Antonio Panizzi of the British Museum* (pp. 81-96). London: The British Library.

Riberette, P (1991). De la comisión des monuments au Conseil de la conservation. En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques de la Révolution et du XIX siècle 1789-1914* (pp. 28-41) (vol. 3). Francia: Promodis.

Rubalcaba Blanco, R., Redondo Morales, E., Guerra García, G., Benito Sanz, R y Cano Riofrío, C. (1988). La Biblioteca Nacional. *Documentación de las Ciencias de la Información* [en línea], No. 21. pp. 157-216. Disponible en: <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/inf/02104210/articulos/DCIN9898110157A.PDF>

Santiago, E (Coord.) (2004). *La Real Biblioteca: 1711-1760 de Felipe V a Fernando VI*. Madrid: Biblioteca Nacional.

Sigüenza, J (1988a). Discurso IX: La librería de este convento, con sus repartimientos y adornos. En *La fundación del Monasterio de el Escorial* (pp. 273-285). Madrid: Turner.

Sigüenza, J (1988b). Discurso X: Prosíguese la traza y adornos de la librería principal, con todas sus partes y piezas. En *La fundación del Monasterio de el Escorial* (pp. 286-295). Madrid: Turner.

Sigüenza, J (1988c). Discurso XI: Las otras dos piezas de la librería de este convento, sus adornos y el orden de sus libros, con otros particulares. En *La fundación del Monasterio de el Escorial* (pp. 295-305). Madrid: Turner.

The unity of knowledge (1989). En: *British Library: past, present, future* (pp. 5-7) London: The British Library.

Varry, D (1991). Les confiscations révolutionnaires. En *Histoire des bibliothèques: Les bibliothèques de la Revolution et du XIX siecle 1789-1914* (pp. 9-27) (vol. 3). Francia: Promodis.

Weir, A (2003). Una galaxia de hombres distinguidos. En: *Enrique VIII, el Rey y la Corte* (pp. 181-191) (Trad. J. Beltrán Ferrer). España: Ariel (Original en Inglés)